



**EL HOMBRE QUE
SIGUIÓ
VIVIENDO**

DANIEL AGUIRRE RODRÍGUEZ

El hombre que siguió viviendo

Daniel Aguirre Rodríguez

El hombre que siguió viviendo

Copyright © 2017, Daniel Aguirre Rodríguez.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781521813478

Publicado por Daniel Aguirre Rodríguez

Índice

Lucas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Miriam

10

11

12

13

Aiko

14

15

16

17

18

19

Los neoluditas

20

21

22

23

24

25

26

27

Un nuevo mundo

28

29

30

31

32

33

Línea de tiempo

Lucas

—Una inteligencia instalada es el siguiente paso en inteligencia artificial. Ya no se trata solo de un organismo sintético pensante, sino que la mente del hombre es transferida a una máquina — dijo el médico —. Te lo diré de forma menos complicada: continuarás «viviendo» dentro de un tipo de metaordenador avanzado.

Mientras el neurocirujano les hablaba; se abrió la puerta, y un androide de servicio, más parecido a un humano que a un robot, se acercó a ellos y les ofreció café y unas galletas.

Lucas y su esposa Anne se

encontraban en una de las tantas reuniones que tendrían con los especialistas, en el Centro de Alta Tecnología. La sala era amplia y luminosa, y estaba en el quinto piso del edificio, ubicado en el centro de Oslo.

—Bueno... Como te he contado, desgraciadamente tu enfermedad no tiene ninguna cura en la actualidad. Lo único que te sigo recomendando es que disfrutes de lo más valioso en la vida: la familia y los amigos, de la mejor manera en estos últimos meses —El doctor le hablaba con calma—. Muy pronto te ofreceremos las medicinas para aliviar los fuertes dolores que sobrevendrán al final.

Lucas se rascó la nuca.

—Doctor, ¿cuánto me queda?

—Hemos discutido tu caso con mis colegas una y otra vez. Pero no nos resulta fácil determinar el tiempo en que se van a propagar los síntomas, puesto que varían según la edad y el estado físico de cada uno.

—¿Cómo serán los próximos meses?

—La afección empezará a expandirse por los músculos, los tendones, los ligamentos y las fascias; los cuales se irán atrofiando de modo gradual.

Lucas y su mujer estaban sentados, agarrados de la mano, y con lágrimas en los ojos, que caían por sus mejillas enrojecidas a causa del estrés. Él miró a su esposa, y a continuación, a la ventana, llevando la vista a un punto lejano allá

fuera. Estaba absorto. Trataba de digerir lo que escuchaba. El neurocirujano continuó hablando:

—Sin embargo, la etapa terminal es más grave. Llegará el punto en el que perderás la facultad de moverte, de hablar, y de comer en forma natural. «El hombre de piedra», es como llamamos vulgarmente a este estadio, pues todo movimiento será irrealizable. En ese tiempo, el personal de enfermería te asistirá en las necesidades básicas, durante todo el día y toda la noche. Nunca olvides que, en tanto que los músculos se atrofiarán por completo; tu intelecto, por su parte, permanecerá intacto, por lo que seguirás pensando con total naturalidad —El médico se

detuvo por un instante —. Por eso, yo considero que copiar tu conciencia a una máquina, es la mejor opción en tu caso.

Al finalizar la visita, tomaron el bus de regreso a casa.

Ellos vivían en las afueras de Oslo, no lejos del centro, en una casa escandinava típica, de madera pintada de blanco, y con mucho aislamiento, por los fríos y largos inviernos.

Lucas se recostó en el sofá. Estaba pensativo, callado, repasando todo lo que el médico les había explicado.

—¡Papá! La nevera dice que no tenemos leche —dijo Gustav.

—Espera un ratito hijo, ya llegará el robot repartidor de la tienda.

La sucesora de la antigua Internet era ahora una red invisible que se hallaba a unos kilómetros de altura en el aire, por la cual todos los ciudadanos podían conectarse gratuitamente en cualquier lugar. Esta nube intangible se formaba merced a una legión de satélites miniaturas que orbitaban más arriba, en las capas bajas de la atmósfera.

La domótica había alcanzado niveles impensables. La gente podía conectarse a través del ordenador o de los dispositivos de comunicación. Pero también los electrodomésticos, los vehículos, y las mismas casas estaban

online todo el tiempo. De tal manera que, si algún alimento faltaba en la nevera, ésta misma enviaba una señal al negocio más cercano; y a los pocos minutos aparecía el robot distribuidor en la puerta de casa, cargado de mercaderías.

Esta red omnipresente había recibido el nombre de Hipernet.

A pesar de ello, los primitivos cables de fibra óptica continuaban utilizándose aún.

Los siguientes seis meses transcurrieron relativamente rápido. Todos los parientes, cercanos y lejanos, venían a verlo al enterarse de la situación. Así como amigos, compañeros y otros

conocidos; quienes, en grupos, aparecían en su casa cada semana.

Él ya se había decidido. Deseaba permanecer con su familia, anhelaba ver a su pequeño hijo crecer, y seguir junto a su mujer; pese a que su cuerpo se lo impedía. Estaba convencido de que el traspaso de su mente a un metaordenador era la única opción. Tomaría la chance. «No tengo nada para perder», se dijo.

Dos semanas antes de la transferencia, debieron regresar al CAT, a una de las últimas reuniones.

Lucas estaba en silla de ruedas, pues había perdido la mayor parte de sus movimientos.

Cuando estuvieron dentro del edificio, fueron recibidos por un robot antropoide escolta de gran altura, cuya espalda se notaba un tanto tiesa al caminar. Su piel de titanio era color rojizo metalizado, con algunos sectores plateados. Su función era asistir a las personas que serían transferidas, así como a sus familiares.

—¡Hola! Bienvenidos. Soy la inteligencia artificial de nombre Afi-3. Los acompañaré en todo momento. Disculpad por los dos minutos de tardanza —dijo el robot amablemente—. Seguidme por aquí, por favor —El androide manejó la silla de ruedas, y los guio a una sala.

Afi-3 les mostró un extenso catálogo

online con un gran surtido de cuerpos electrónicos.

Allí, Lucas y su familia pasaron como cuatro horas recorriendo el almacén virtual. Mientras la IA les recomendaba diversos modelos de *mindboxes*. Ese era el nombre de los pequeños metaordenadores adonde se traspasaban las mentes de las personas.

—Este, por ejemplo, se aconseja en caso de que haya niños en casa —dijo Afi-3—. El armazón es de titanio puro. Y su forma cilíndrica lo hace ultrarresistente a golpes y caídas.

—¿Tiene forma de termo! —A Lucas le causó gracia—. ¿Cuál es la medida estándar?

—Bueno, podéis ver que tiene unos

veinte centímetros de altura. Eso es lo normal. No es necesario que sea más grande. Además, su propio hijo podrá trasladarlo de un lugar a otro sin problemas. Son muy livianos.

—Creo que me he decidido, ese de color negro metalizado me gusta.

2

Esa mañana hacía calor. Los rayos del sol eran intensos, si bien era temprano. Lucas iba acompañado por su esposa y su hijo. Había llegado el día de la transferencia.

El personal de la ambulancia bajó la camilla en la que estaba acostado Lucas; y en el corto trayecto hasta la entrada del edificio, él pidió que se detuvieran. Quería sentir cómo el calor le quemaba la piel de la cara una vez más. Estuvo por un rato allí, disfrutando del aire caliente.

Su enfermedad se encontraba muy

avanzada. Los músculos de ambas piernas se habían osificado por completo, fundiéndose con los huesos de la cadera, y formando ahora una sola pieza con ellos. Las piernas quedaron duras, creando un ángulo de treinta grados en relación con la espalda. Lucas, tan positivo, consideraba que esa posición era ventajosa, ya que le permitía estar recostado, como también cuasi sentado. Por su parte, los brazos se inmovilizaron de modo tal que le daban la apariencia de un maniquí.

Afi-3 los recibió con una sonrisa, en la entrada del alto edificio.

—Bienvenidos otra vez. ¡Ha llegado el gran día!

—Gracias —Lucas tuvo serias

dificultades para pronunciar palabras en esos últimos días. Su cara se notaba un poco deformada ya, y su boca tenía una mueca fija hacia un costado. Esos días se mantuvo con alimentos líquidos.

Luego, el androide rojo los condujo a una amplia sala.

—¿Se os apetece café o leche? — preguntó Afi-3 a Gustav y Anne. Ellos asintieron —. En esta sala, mientras esperáis, podéis serviros lo que deseéis. Permaneceré aquí por cualquier cosa — El androide sonrió.

Tras unos minutos, la puerta automática se abrió y otro robot ingresó a la sala.

—¿Es hora ya? — preguntó Lucas, ahorrando las palabras.

—Temo que sí. Es el momento de despedirte de tu familia —dijo el segundo androide, haciendo un gesto con la mano.

Su esposa y su hijo lo abrazaron, y sintieron las durezas por debajo de la piel. Era ese nuevo esqueleto formado en las regiones donde antes había músculos y otros tejidos blandos.

Se quedaron allí, tristes, desconcertados, y también ansiosos, viendo cómo Lucas era trasladado a la sección B2 de Neurocomputación y Transhumanismo, donde se efectuaría el traspaso de su mente.

—¡Espera papá! —gritó Gustav, corriendo por el pasillo hacia su padre.

El androide que conducía la silla de

ruedas de Lucas se detuvo, y el chaval sacó su cámara holográfica.

—Otra selfi juntos —dijo.

—¡Vale hijo! —Lucas movió apenas sus labios, imitando una sonrisa.

Ya en la sala de operaciones, mientras los asistentes conectaban distintos cables a la cabeza de Lucas, el médico le hablaba y le daba algunas indicaciones. Lucas lo escuchaba, sin decir demasiado.

—Tus ondas cerebrales serán mapeadas hasta el mínimo detalle por medio de interfaces cerebro-computadora. Luego serán reproducidas y codificadas en el metaordenador, en

forma de código binario —dijo el neurocientífico—. Es lo que llamamos M.S.I.: mente en sustrato independiente. Es decir, que tu conciencia será trasvasada desde un sustrato biológico, tu cerebro, hasta un sustrato artificial, los nanochips.

Mientras el doctor le hablaba, Lucas vio que un robot se acercaba a ellos, trayendo la negra *mindbox* metálica en sus manos.

—¡Aquí está! Puedes saludar a tu nuevo cuerpo electrónico —dijo el médico.

—¡Es tan pequeño! —Lucas sonrió como pudo.

—Sí. Pero esta computadora está provista de todo lo necesario para que tu

conciencia continúe habitando en ella por mucho tiempo.

—¡Gracias doctor!

—Bueno... ha llegado el momento. Adiós Lucas. Nos vemos en unos días.

A causa de la leve anestesia, Lucas entró en un profundo sueño. Ese fue el último día en su cuerpo humano.

En la sala de espera privada, Anne charlaba con el robot inteligente Afi-3.

Gustav jugaba al ajedrez holográfico Dejarik. Competía contra un amigo suyo que estaba de vacaciones en Mallorca con su familia, pero cuya holoimagen se formaba del otro lado del tablero.

—Oye ¡Ese ataque mortal no está

permitido! Devuélveme el Monnok, o te arrancaré los brazos —dijo Gustav a su amigo.

Dos horas después, la noticia llegó en forma inalámbrica al cerebro digital de Afi-3.

—Ya está listo —dijo el robot, inclinando su cabeza hacia un lado, en forma amable.

—¿Ya? —dijo Anne, ansiosa —. ¿Cómo fue todo?

—La transferencia mental ha sido exitosa. Acompañadme por favor.

Anne y Gustav siguieron a la IA por un largo pasillo de paredes y pisos blancos, hasta la sala de operaciones.

La sala era muy clara y luminosa. Impecable. Allí, sobre una cama, yacía Lucas.

—¡Aún está respirando! —dijo Anne asombrada, al ver que el pecho de su esposo subía y bajaba. Lo tomó de la mano, y notó que ésta permanecía caliente.

—Sí —dijo el médico, que se hallaba parado al lado de la cama—. El cuerpo biológico de Lucas está vivo todavía. Lo estará por al menos una semana. Pero lo hemos inducido, por medio de barbitúricos, al estado profundo de coma de cuarto grado. Esto debe ser así para evitar una posible paradoja al coexistir dos mentalidades de una misma persona al mismo

tiempo...

—...Nunca ha pasado. Pero no sabemos lo que podría suceder si tu esposo se encuentra con una copia de su mente. Habría dos Lucas cohabitando en el mismo momento —acotó Afi-3.

—Entiendo —dijo Anne. Mientras acarició el pelo de su compañero de la vida.

—La mente de Lucas continuará con su existencia aquí —dijo Afi-3, al tiempo que les mostraba la *mindbox*, ese menudo cilindro metálico que se hallaba sobre una mesa, cerca de la cama. Por precaución, ya habían desconectado todos los cables que unían ese metaordenador con la cabeza de Lucas, para que no les diese tanta impresión a

los familiares.

El nuevo Lucas, el traspasado, no despertaría sino hasta unos días después, hasta que la mente se aclimatase al estado artificial dentro de la *mindbox* metálica.

El médico se retiró, para que ellos pudiesen estar a solas con los dos Lucas; el original, que estaba en coma, y el transferido, que aún no había despertado. Solo la IA se quedó allí, haciéndoles compañía.

Gustav se acercó a la pequeña *mindbox* de metal. La observó de arriba abajo. Le parecía muy curioso que esa máquina negra con forma cilíndrica iría a ser su papá desde ahora en más.

Anne y Gustav se quedaron un tiempo más en la sala de operaciones. Ella acariciaba el pelo de su esposo que se hallaba en coma, mientras lo tenía de la mano. El niño, por su parte, seguía más interesado en la *mindbox*, aunque ésta permaneciese inactiva.

—Ven hijo, despídete de tu padre.

—¡Chau papá! —El chaval le dio un beso en la frente.

—¡Chau mi amor! —dijo ella.

—Podéis visitarlo estos últimos días si así lo deseáis. El cuerpo orgánico de Lucas permanecerá aquí, hasta el día de su muerte, que será en siete días. El velatorio será aquí mismo —dijo Afi-3.

Los psicólogos les habían dicho que

tanto las visitas como el velorio eran una muy buena idea. Era algo que recomendaban siempre. De esta forma, no sería tan fuerte la conmoción, ni tan abrupto el cambio. Además, de alguna manera se podrían ir despidiendo del antiguo cuerpo orgánico.

—¿Deseáis ayudarme? —preguntó el robot rojo Afi-3. Al mismo tiempo en que traía un receptáculo donde pondrían el nuevo cuerpo metálico de Lucas, para trasladarlo a su casa.

—Sí, ¿puedo levantarlo? —dijo Anne —. ¡Vaya! No pesa nada.

—No. Es muy ligero. Colócalo con cuidado aquí por favor.

Afi-3 los acompañó hasta la salida, y los condujo a la casa en un transporte.

—¡Adiós! —dijo, luego de darles las últimas indicaciones. Comunicaos conmigo si necesitáis ayuda.

3

—¡Hola! ¿Quién está ahí? —dijo una voz electrónica.

—¡Papá! —gritó Gustav, y fue corriendo hacia el rincón de la casa de donde provenía la voz —. Te has despertado al fin.

—Aquí estoy hijo mío, qué emoción verte.

La transferencia fue perfecta. El médico le había aclarado que todo el proceso se completaría en un par de días. A la larga, la mente de Lucas despertaría por cuenta propia dentro del negro metaordenador metálico. La voz

de lata iría cambiando con los días, hasta asemejarse a una voz humana.

Cada neurona de su cerebro había sido copiada a circuitos integrados; así como las conexiones entre ellas, que ahora estaban compuestas por miles de nanoconductores de silicio. La información que se hallaba en sus células neuronales se encontraba ahora en una multitud de nanochips interconectados.

«Cada uno de esos microprocesadores de silicio-germanio mide tan solo diez nanómetros. Son tan diminutos que miles de ellos caben en un solo glóbulo rojo», les había dicho Afi-3.

A través de esta red electrónica

fluían los datos en forma de bits. Todos sus pensamientos, sentimientos, recuerdos, e inteligencia fueron traspasados a estos dispositivos; los que, a partir de ese momento, serían el soporte físico de su mente.

«A lo mejor, las primeras semanas van a parecer raras. Aprenderás a manejar tus nuevos componentes electrónicos, sus funciones, y sus limitaciones», le había contado Afi-3.

Sus familiares se acostumbrarían a que, si bien él estaría allí, y podría comunicarse, hablar y ver; sin embargo, nunca volvería a moverse, ni realizar actividades físicas. Él iría aceptando que, por el resto de su vida, sería una inteligencia instalada, es decir, una

mente humana confinada a una máquina electrónica.

—Oye papá, ¿vamos a ver una película? —preguntó Gustav.

—Sí hijo, elige tú.

Anne colocó el cuerpo cilíndrico que contenía la conciencia de su esposo sobre la mesita del living, junto a las palomitas de maíz que ella había preparado.

Las imágenes llegaban a la mente de Lucas por medio de un receptor óptico, ubicado en la región frontal de la *mindbox*; el cual debió enfocar en dirección al televisor.

Anne y Gustav se acomodaron en el sofá; y Lucas giró su «ojo» hacia su

familia, y los miró por unos instantes. «Cuánto los amo... Fue la decisión correcta...», pensó.

—¡Papá, no te pierdas esto!

Volteó su ojo y siguió viendo el film.

4

A los seis días murió el antiguo cuerpo orgánico de Lucas. Entonces, tuvo lugar el velatorio, que era una simple ceremonia de despedida, muy privada, donde solo unos pocos asistieron.

El androide rojo Afi-3 había alistado el cadáver en el féretro, y acompañaría a la familia durante el servicio. También se había encargado de decorar la sala con calas y jazmines blancos. Colocó dos velas altas y gordas por detrás del ataúd. Y atenuó un poco la iluminación.

Lucas, dentro de su cuerpo

electrónico, asistió a su propio velorio. La negra *mindbox* metálica que contenía su mente fue colocada sobre una mesa alta, al lado del cajón donde yacía su antiguo cuerpo biológico, ahora sin vida. «Se ve tan devastado. Tengo suerte de no estar más ahí dentro», pensó.

Los pocos concurrentes estuvieron alrededor de media hora allí. Afi-3 servía jugos, café y masas dulces. Hubo algunos sollozos. Aunque también risas de esperanza, ya que Lucas no estaba muerto después de todo; sino que su mente transferida vivía dentro del metaordenador.

Y luego, le dieron el último adiós a ese cuerpo pétreo, que se asemejaba a un maniquí deformado compuesto por

carbonato de calcio.

Durante la última semana, estando ya en coma, las células óseas, activadas por el gen ACVR1 mutado, habían seguido reproduciéndose sin control. De modo tal que, por debajo de la piel se apreciaban partes ahuesadas que sobresalían, como protuberancias, bultos o costillas. Esas formaciones óseas incluso habían desgarrado la epidermis en algunos lugares. El rostro era una masa informe, con excrecencias y cuernos óseos. En la espalda se habían acrecentado las tres gibas, de tal forma que se hallaba recostado hacia un lado.

—¡Adiós amigo! ¡Hasta siempre! Y gracias por acompañarme todos estos años —dijo Lucas a su cuerpo

biológico, con angustia.

Ese organismo calcáreo fue donado al CAT, para futuras investigaciones.

5

Con el paso de las semanas, todos se iban acostumbrando gradualmente al nuevo estado.

Él consideraba que no era tan difícil aceptar el hecho de habitar en una máquina; al fin y al cabo, ya no poseía ninguna movilidad al término de la enfermedad. Hasta era mejor ahora, porque por lo menos no sufriría a causa del dolor, ni precisaría que otras personas lo bañasen o le diesen de comer en la boca. «Ya no seré una carga para los demás», pensaba.

Lucas se sentía bien al haber

abandonado ese cuerpo orgánico sufriente. Se olvidaría de las malditas medicinas que lo dejaban descompuesto en la cama.

Afi-3 lo visitaba un día por semana, con la finalidad de verificar que los microcomponentes de la *mindbox* funcionasen a la perfección, y hacer ligeros reajustes en ellos. Más adelante, le indicaron cómo bajar la app del CAT a su memoria, para ser atendido vía Hipernet.

Su amigo de la niñez Martin estaba muy unido a ellos, y a veces iban juntos a la montaña, y acampaban allí.

El pequeño cuerpo electrónico de Lucas tenía que ser bien amarrado con cinturones accesorios si viajaban en

coche, para evitar así sacudidas o golpes.

Le fascinaba ver por la ventanilla y sacar fotografías, o videos; los cuales almacenaba en su memoria, bien organizados en carpetas: «vacaciones», «cumpleaños», «familia» ... Ya en casa, buscaba entre los diferentes archivos, y Anne lo conectaba a un proyector holográfico, para revivir recuerdos.

En una ocasión, estaba ayudando a Gustav a buscar información en Hipernet. De repente, Lucas comenzó a hacer sonidos extraños, y a decir frases sin sentido. Pocos minutos pasaron, hasta que Anne llamó a Afi-3.

—Es un virus informático —dijo el

robot rojo, ni bien lo hubo examinado.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Anne, afligida —No sabía que eso era posible. Creí que mi esposo estaba protegido contra ese tipo de ataques.

—Lo está —dijo la IA —. Sus programas cuentan con diversos antivirus.

—Entonces no entiendo.

—Son los neoluditas. Se trata de agrupaciones organizadas, las cuales ponen resistencia a cualquier avance tecnológico. Están planeando agresiones muy poderosas: virus mutantes que eluden los programas de protección. Solo el mes pasado, cinco de nuestros pacientes fueron atacados.

—¡Ay no! ¿Es dañino?

—Esperemos que no. Pero no lo sabremos aún —dijo el androide, mientras hacía su labor—. Estos virus residentes se especializan en atacar las redes neuronales artificiales de los metaordenadores.

—Pero ¿tuvisteis algún caso fatal?

—Solo una de las agresiones terminó en tragedia. La pobre mujer, muy interesada en las civilizaciones antiguas, estaba dando un paseo virtual por las ruinas mayas vía Hipernet, en el instante en que el virus ingresó en su sistema electrónico. Por desgracia, esto sucedió a mitad de la noche, cuando su familia dormía; solo su gato se encontraba junto a la *mindbox* que contenía la mente de

ella. Pero el pobre animal tampoco se percató del hecho. A la mañana, su marido nos dio aviso, al ver que ella no respondía. Y aunque lo intentamos; fue imposible salvar su mente. Los nanochips de la mujer habían sido corrompidos a lo largo de las horas.

—¡Qué espanto!

—Ya está listo. He instalado tres programas de limpieza en los circuitos. Tu esposo deberá tomar una siesta de veinticuatro horas, para desinfectarse por completo. Mañana habrá que apagarlo y esperar a que se reinicie. Si todo va bien, se despertará sin lesiones.

—Eso espero.

—Tuvo suerte de que vosotros estabais con él en el momento oportuno.

Al día siguiente, un domingo, Martin estaba en casa de Lucas, pues habían planeado dar un paseo.

—Hazlo tú Martin —pidió Anne —
¡Que me da impresión apagarlo!

Martin volteó a su amigo y buscó el minúsculo botón de encendido-apagado que estaba ubicado en la zona inferior del cuerpo negro metálico. Lo mantuvo presionado por cinco segundos y vio la luz roja. «Pip, pip, piiiip». Esperó unos minutos, y volvió a oprimirlo, hasta que la lamparita se tornó verde. Tras ello, colocó la *mindbox* en la mesa, en posición vertical otra vez.

La corriente eléctrica, que se originaba en los paneles solares

ubicados en la región superior del menudo cuerpo, circuló por los nanocables y recorrió los circuitos. Pequeñas luces se encendían y apagaban en el interior. Los bites que llevaban información corrieron a gran velocidad por sus «neuronas».

—Parece que se está reiniciando — dijo Martin —. Oigo el sonido de los ventiladores que empezaron a rotar.

—Espero que esté bien. Afi dijo que sería como salir de un coma.

Los audífonos, que se hallaban a ambos lados del cuerpo cilíndrico, fueron los primeros en activarse; y sintonizó tenues señales de audio. Todo estaba negro.

De un momento a otro, una luz intensa

ingresó por su receptor óptico. Le molestó, pero carecía de párpados para protegerse. Después de unos minutos, vio imágenes borrosas, como fotografías desenfocadas.

—¿De qué me he perdido? — preguntó Lucas, una vez que el parlante funcionó.

—De unas exquisitas chuletas de cerdo —Martin bromeó con su amigo.

—¡Lucas, has vuelto! —gritó ella, con emoción.

—¡Papá! ¿Cómo estás? —Gustav se acercó y alzó la negra *mindbox* de titanio.

—Parece que mis circuitos andan bien. Al menos no siento ningún daño, o

eso creo.

6

Como era notorio, ya no necesitaba ingerir comida, ni beber líquidos, ni tampoco de períodos de descanso. Esto era una gran ventaja, pues mientras su familia dormía, él leía y aprendía acerca de todos los temas. Se devoraba los libros. Podía leer hasta cuatro o cinco ejemplares por noche en la Hiperweb.

Al cabo de los tres primeros años también había estudiado idiomas, y dominaba a la perfección el francés, el alemán, el chino, el ruso y el japonés. Luego de cinco años obtuvo los títulos de grado en ingeniería informática,

mecatrónica, biología y genética.

Los bits que recorrían sus nanochips aumentaban su rapidez, por lo cual era factible acumular mayor cantidad de datos en menor tiempo.

Con los años, adquirió un empleo como traductor, lo cual era cómodo pues no requería salir de su casa.

Al transcurrir las décadas, la ciencia y la tecnología seguían avanzando a ritmos acelerados.

La ingeniería mecatrónica y la robótica eran carreras que atraían a muchos jóvenes.

El empleo de robots en oficinas y empresas era cada vez más normal. En

las casas particulares era normal poseer *dustbots*, o simples robots de limpieza. Eran muy pocos los que tenían un robot de compañía en esos tiempos, pues costaban un ojo de la cara.

No era raro que en los países más desarrollados se ofreciese la opción de transferir las mentes de la gente moribunda a metaordenadores.

El gobierno estaba satisfecho con las inteligencias humanas instaladas. Se los veía como seres sabios, y útiles en la sociedad.

De a poco, Lucas y otros como él, se hicieron muy prestigiosos y respetados. Aconsejaban a los gobernantes, proponían ideas, daban opiniones, y

participaban de grandes reuniones donde se discutían asignaturas como política, religión, seguridad y medio ambiente.

Por otro lado, facciones afines a los neoluditas iban creciendo en número, y se asociaban a congregaciones ultra religiosas, con lo cual se fortalecían y se iban haciendo muy influyentes. No pocos iban ganando espacios en el gobierno.

Siempre se oían reclamos, protestas y pequeñas sublevaciones en contra de las investigaciones que, según estas ligas anti-tecnología, eran inmorales. «Dios destruirá a las personas que se crean dioses». «Él es el único que da la vida».

Algunas de esas personas, cansadas del progreso tecnológico, huyeron a los

montes y a los campos, y se recluyeron allí a vivir sin electricidad, ni agua, ni dinero. Estaban hartos de los robots.

El cuerpo electrónico de Lucas había sido agredido por ellos en unas cuantas oportunidades, sin riesgo de muerte, si bien requirió de leves reajustes en sus circuitos.

A pesar de los adelantos científicos, la mayoría de las personas elegía el rumbo natural de la vida. Hacía años que su mujer y sus conocidos habían fallecido. Ninguno de ellos quiso ser traspasado.

Un día, Lucas estaba acompañando a su hijo anciano, junto con otros familiares.

—Hijo, piénsalo de nuevo. Podríamos seguir juntos por años si aceptas ser transferido.

—No papá. Soy viejo ya. Has estado conmigo muchos años. Hemos disfrutado de la vida en familia. Hemos viajado a muchísimos lugares. Estoy complacido con la vida que he tenido. No deseo la transferencia.

—Aunque sea lo más triste para mí, respeto tu decisión, hijito querido — Lucas quiso abrazarlo y llorar. Pero recordó que su cuerpo electrónico no disponía de glándulas lagrimales.

Pocos meses después, murió su hijo a los noventa años. No sin antes haberle dejado unos cuantos nietos a Lucas, quienes a su vez le dieron bisnietos, y

éstos, tataranietos. Y así, con los años, llegó a conocer una horda de descendientes, con quienes no perdía el contacto. Sabía los nombres y los cumpleaños de cada uno, y ellos lo iban a ver con frecuencia.

Pasaron quinientos años desde la muerte de su hijo. Lucas había tenido un sinfín de trabajos: profesor de idiomas en diferentes academias, científico teórico, y conferencista en múltiples materias. Gracias a lo cual, había encontrado a gente como él. Lucas siempre había sido muy social y amigüero.

Más adelante, él y los otros transferidos encontraron la forma de desprenderse de sus *mindboxes* por limitados intervalos de tiempo, y vagar con libertad por Hipernet. Así, contaba con la capacidad de deambular por la

hiper-red informática e impulsarse en cuestión de segundos, como si fuese una nube compuesta por bits de información. Además, sus fragmentos se podían extender a lo largo de cientos de kilómetros por el ciberespacio.

Esta nueva cualidad de estiramiento que Lucas poseía, le daba la habilidad de poder estar en dos o más lugares al mismo tiempo; aunque en realidad, estaba en un único sitio, pero abarcando una longitud descomunal.

De este modo, se contactaba con entes como él, fluyendo unos sobre otros, atravesándose entre sí, intercambiando datos e ideas, proponiendo soluciones a los problemas del planeta.

Lucas veía las redes informáticas como tubos ramificados por donde él podía moverse con rapidez, interceptando y cruzándose con información de todo tipo: imágenes, sonidos, notas, datos binarios y gentes virtuales. Era como correr en una ciudad con calles que se entrecruzaban y se bifurcaban en todos los sentidos, incluso hacia arriba y abajo.

En la red, Lucas accedía también a un metaverso que contenía una infinidad de mundos virtuales. Algunos de ellos eran ficticios, es decir, inventados por los técnicos en programación. Otros eran denominados Mundos Espejo, pues eran copias fielmente detalladas de ciudades reales. «Es algo parecido al antiguo

Google Earth», pensaba Lucas.

Así y todo, después de unas horas, estaba obligado a regresar a su cuerpo electrónico. Era como volver a su casa a relajarse. Si no, corría el riesgo de extraviarse en Hipernet, y convertirse en un ente errante y desorientado.

Supo por un amigo, que eso fue lo que le había sucedido a una excompañera de la primaria, también transferida. Ella se había desprendido de la *mindbox* y se había quedado vagando durante un día entero en el espacio virtual. Por desgracia, luego se desvaneció, o fue tragada por la red, o algo así. «Pobre Manuela», pensó él.

En aquel período, el planeta se había transformado por completo, los daños en la naturaleza eran irreversibles. Extensas superficies de la Tierra eran inhabitables, ya que las sequías o las inundaciones se habían expandido en vastas regiones; y se formaron desiertos gigantescos en zonas que antes estaban cubiertas por bosques o selvas tropicales. Una gran cantidad de especies de plantas estaban extintas; y junto a ellas, cientos de especies animales, que habían perdido sus hogares y su alimento. No había vuelta

atrás.

En una oportunidad, en relación con estas problemáticas, se estaba llevando a cabo una conferencia internacional sobre protección medioambiental. Científicos, altos dignatarios y distinguidas autoridades estaban presentes allí.

Lucas estaba siendo entrevistado con respecto a su proyecto, que hacía años que se encontraba en desarrollo.

A decir verdad, la negra *mindbox* de Lucas se encontraba en casa de Max, uno de sus tantísimos descendientes lejanos, celebrando la fiesta de bodas de éste. Pero un delgado hilo de sus segmentos se prolongaba desde allí, y a

lo largo de kilómetros por el ciberespacio, hasta llegar a la sala de conferencias, y se contactaba a los altoparlantes del recinto. «¡No quería perderme la boda!», pensó.

—Lucas, cuéntanos un poco respecto de los semilleros —dijo la periodista.

—Los bancos de germoplasma son grandes construcciones enterradas diez metros bajo tierra, en las áreas frías cercanas al Polo Norte y en la Antártida —La voz de Lucas se oía en todo el salón —. Allí se albergan pepitas, carozos, y pequeños trozos secos de plantas de todas las especies, traídos de diferentes regiones del globo.

—¿Cómo son almacenados los especímenes?

—¡Vivan los novios! —repitió Lucas junto a los demás invitados al banquete, en casa de Max, en el mismo segundo en que respondía a la periodista —. Las semillas son colocadas en bolsas herméticas de aluminio, cada una de las cuales aloja hasta mil ejemplares. Estos inmensos bancos genéticos son resistentes a ataques nucleares, terremotos y contaminación. Y funcionan con energía solar. Pero en caso de haber una catástrofe, se mantendrán estables, porque las capas de hielo de la superficie harán que todo el conjunto funcione como una nevera natural.

—¡Es una idea fantástica! —dijo la periodista.

—¡Otro brindis por los novios! —

dijo Lucas —Todos los invitados a la boda, excepto él, levantaron las copas de champaña.

Max besó a la novia.

9

Con el correr de los años, los países fueron cambiando su fisonomía. Algunos ya no existían como tales. Por distintas razones, unos cuantos se habían fusionado dando origen a superpotencias, y otros se habían reformado en corporaciones privadas, en manos de ricos empresarios. Había sectores con pequeñas dictaduras y otros donde reinaba la anarquía.

Tanto los neoluditas como las hermandades ultra religiosas habían ganado muchos lugares en las bancas del senado, y adquirirían cada vez mayor

influjo.

Con el fin de inculcar sus ideas en la gente, estas agrupaciones redactaron la Proclamación Neoludita:

«LA TECNOLOGÍA ES UNA ADVERSIDAD PARA EL HOMBRE. SOLO HACE QUE ÉSTE SE ALEJE CADA VEZ MÁS DE LA NATURALEZA, Y QUE PIERDA DE VISTA LO MÁS IMPORTANTE EN LA VIDA. Y EN LUGAR DE ELLO, TENGA METAS ARTIFICIALES COMO LA CREACIÓN DE MÁQUINAS PENSANTES. A TODO ESTO, SE LE SUMA AHORA LA OBTENCIÓN DE LA VIDA ETERNA A TRAVÉS DE LA TRANSFERENCIA MENTAL».

Muchas personas y varios políticos eran persuadidos por aquellos partidos conservadores, y empezaban a

desconfiar de los seres inteligentes; ya que éstos se desplazaban en Hipernet, y podían tener acceso a donde quisieran.

«¡Son un peligro!», vociferaban los neoluditas. «¡Son engendros del diablo!», gritaban los extremistas religiosos. Comenzaba pues, a haber un temor a que esas entidades aumentasen su influencia y poder en la sociedad, y que al final, tomasen el control.

Aun así, la mayoría de los gobiernos seguía apoyando la investigación robótica, el perfeccionamiento de las inteligencias artificiales y la transferencia mental. El transhumanismo era algo cotidiano.

En este período, era lo más común

poseer uno o dos robots inteligentes en las casas particulares. Nadie se escandalizaba por ver a un hombre acompañado de una ginoide de compañía; o una anciana que era atendida por un androide enfermero. Estos droides eran fabricados cada vez con más características humanas, hasta tal punto que muchos de ellos eran indistinguibles de una persona de carne y hueso.

Lucas era un transhumano; y con el paso de las centurias, había adquirido un conocimiento y una sabiduría casi ilimitados.

Para este tiempo, él había dado un paso más en la evolución de su

conciencia. Había aprendido a escindir su mente en dos o tres porciones, las cuales podían separarse por un tiempo, y estar en diferentes lugares. Ya no necesitaba estirarse, sino que un segmento de su mente podía aislarse y viajar en forma libre por el ciberespacio.

Lucas mismo había inventado un sistema nominal especial para referirse a sus partes cuando él se hallaba en estado fraccionado, para evitar así confusiones. El montón principal de su mente, que casi siempre estaba en la negra *mindbox* metálica, era llamado Lucas, a secas. Y los demás segmentos, siempre de menor proporción, se denominaban L2, L3 y así

sucesivamente.

La nueva virtud de división que él poseía era muy práctica, pues ahorraba tiempo, y podía cumplir con diferentes compromisos a la vez. Aunque solo en ocasiones especiales se dividía en más de dos o tres trozos.

Solo en una oportunidad debió disgregarse en cuatro piezas: El metaordenador de metal con la mayor parte de la mente de Lucas se hallaba en casa de Max, celebrando el primer cumpleaños de un hijo de éste. Los demás pedacitos de su mente se instalaron en diversos ordenadores y dispositivos a kilómetros de distancia uno del otro: L2 estaba en otra ciudad, en el centésimo cumpleaños de un

descendiente lejano; L3 se encontraba volando dentro de un dron, custodiando zonas boscosas contra la tala furtiva, en los territorios del norte; mientras que L4 aconsejaba al nuevo presidente en asuntos muy urgentes concernientes a la seguridad del país.

«¡Uf, qué día!», pensó, una vez que se hubo reunificado.

Miriam

Cristian regresaba a su casa en el tren ultra rápido de levitación magnética, después de haber pasado toda una semana en París en diferentes reuniones en relación con su trabajo. En pocas horas estaría en su casa en Madrid.

Se acomodó en su asiento y cogió un dispositivo electrónico de su bolsillo. Era un pequeño disco metálico, poco más grande que una moneda, del cual se formaba una fina imagen en forma de membrana transparente. En esa holomembrana se dispuso a leer los titulares más recientes.

NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA:

CRISIS LABORAL Y FINANCIERA EN VARIOS PAÍSES DE LA MANCOMUNIDAD EUROPEA.

LOS TRANSHUMANOS DAN UN PASO MÁS: PRIMER CASAMIENTO ENTRE UNA MUJER Y SU ROBOT EN HOLANDA.

ÉXITO EN CLONACIÓN: EL ELEFANTE ASIÁTICO PODRÍA VOLVER A LA VIDA.

«Más de lo mismo», pensó. Ninguna novedad.

Levantó la vista y vio a una mujer que miraba hacia el exterior por la ventana del tren. Ella se hallaba a tres asientos de distancia en el mismo coche. Era muy hermosa. Sus cabellos eran rubios y ondulados, los ojos color

celeste intenso, y el cutis blanco. Estaba vestida con una chaqueta de cuero negro muy ajustada, lo cual marcaba sus pechos y su cintura, que eran perfectos. Él se quedó observándola por unos momentos a través de su holoperiódico translúcido, haciendo como que leía. Advirtió que ella viajaba sola.

En eso, recibió una llamada, en el mismo dispositivo donde leía las noticias. Atendió, y una holoimagen de su hija se generó a unos centímetros de distancia.

—¡Hola papi!

—¡Hola Susan! ¿Cómo estás?

—Bien papá. ¿Cuándo llegas?

—En dos horas más o menos. ¿Todo

normal en casa?

—Sí. Sólo que Margaret me ha obligado a tomar la sopa todos los días esta semana. La amenacé con desactivarla si seguía obligándome así, pero lo siguió haciendo.

—¿La has desactivado?

—No. Es una droide grandota y forzuda. Tengo miedo que me castigue. Así que la he obedecido papá.

—Susan, tú sabes que las ginoides domésticas están programadas para cuidar niños. Así que todo lo que Margaret haga, será solo por tu bien. Si yo no estoy en casa, pues debes obedecerla.

—¡Ella es solo un robot papá!

¿Ahora los robots nos dirigirán? —La niña se notaba frustrada.

Cristian sonrió e intentó calmar a su hija por unos minutos más.

Él había adquirido a la IA Margaret hacía un par de años, después de que su esposa y madre de su hija los abandonara. Su ex mujer había conocido a un androide de apariencia humana, de quien se enamoró y con quien decidió irse al extranjero.

Margaret era una ginoide robusta, aunque no gorda, con aspecto de señora de unos cincuenta años, con el pelo gris recogido. Siempre usaba un vestido hasta las rodillas y un delantal. Ella había sido diseñada para cumplir con las tareas del hogar: cocinaba, limpiaba,

y se encargaba de atender a Susan. Cristian estaba muy conforme con su nueva empleada.

Muchas familias se decantaban por comprar un droide ayudante, pues hacían de todo en la casa, eran veloces y eficientes en su trabajo, y jamás se quejaban. Eso sí, eran costosos. Por esa razón solo los más ricos tenían acceso a ellos.

Luego de un rato, el tren de alta velocidad estaba arribando a la estación central de Madrid.

Cristian vio que la mujer rubia se levantó y caminó hasta la puerta del coche, una vez que el tren se hubo detenido. Él se apresuró, cogió su

maleta y se acercó a la salida también; y con su dispositivo comunicador en mano, se ubicó cerca de la mujer.

—Disculpa —dijo Cristian—. Creo que se te ha caído tu comlink al levantarte.

—Oh no, no es mío —dijo ella.

—Soy Cristian —Él extendió su mano.

—Mi nombre es Miriam —dijo ella mientras sonreía.

—¿Vives en Madrid?

Miriam se tocó la nariz.

—Eh... No. Vengo a visitar a una amiga.

—Yo vivo aquí con mi hija pequeña y mi empleada, una IA.

—¡Oh! Me encantan los niños.

Ellos se quedaron hablando por unos minutos en el hall de la estación ferroviaria. Cristian estaba muy interesado en esa bella mujer de pelo amarillo, vestida con cuero negro.

—Si quieres, uno de estos días podríamos encontrarnos a tomar un café o algo —dijo Cristian.

—Sería buena idea.

—Dime tu número así puedo llamarte.

—Mejor yo anoto el tuyo —dijo ella—. Te llamaré ni bien pueda.

La noche anterior, Miriam salió corriendo a toda velocidad del

prostíbulo donde había trabajado durante muchísimos años. Para ella, esa noche sería la última en el burdel. Decidió escapar de su dueño y de la esclavitud a la que había estado sometida. Sabía que tomaba un gran riesgo al huir. Sin embargo, sus ansias de libertad la llenaron de valentía. Quería ser libre. Así fue como llegó a la estación del ferrocarril y tomó el primer tren que apareció, el cual se dirigía a Madrid.

Ella quería cambiar de vida, empezar de cero. No le contaría a nadie acerca de su pasado.

Pasaron unos días. La droide asistente Margaret se hallaba en la cocina, cortando zanahorias y pepinos para hacer una ensalada. Cristian estaba con su hija Susan mirando tele.

—La niña debe terminar con sus tareas escolares para mañana. Le quedan diez ejercicios de matemática —dijo la IA Margaret—. Y tú Cristian no olvides comer tu manzana. Te falta una fruta de tus «cinco al día».

—Ves papá, como te dije. Esta máquina terminará manejando nuestras vidas poco a poco.

—No seas así Susan. Ella cuida bien de nosotros.

La niña fue a su habitación a regañadientes.

Esa noche, Cristian se encontró con la mujer de pelo amarillo por primera vez. Fueron a ver una exposición artística, a propuesta de ella. Después, él la invitó a tomar unos tragos, pero ella se negó, diciendo que no acostumbraba a beber. En lugar de ello, caminaron por el centro de la ciudad, alumbrado con carteles de neón.

A la semana volvieron a verse. Luego de ello fueron al hotel donde ella se alojaba. Allí hicieron el amor por primera vez. Él se quedó hasta el otro

día junto a ella. Algo que se repetiría con frecuencia.

De a poco, Cristian iba enamorándose de la mujer rubia. Y ella de él.

La mujer le decía que su amiga se había separado de su pareja hacía un mes. Por esa razón se quedaría en Madrid más tiempo para acompañarla.

Una tarde, él la invitó a su casa, para que conociera a Susan. Ésta se encariñó con Miriam desde el primer instante.

Las visitas se irían haciendo más habituales. Miriam jugaba con Susan y se divertían juntas. Varias veces salían ellas dos solas a pasear y a comprar

ropa a los centros comerciales.

Un día, la IA Margaret aprovechó un momento en que la mujer rubia se hallaba sola, para hablar con ella. Cristian estaba trabajando, y Susan estaba duchándose, pues luego saldrían de paseo.

—¿Por qué los engañas? —preguntó Margaret.

—Perdón, pero no sé de qué hablas —dijo Miriam.

—¿Acaso crees que soy idiota? —dijo la IA—. Sé muy bien lo que eres. Lo vi desde el día en que pusiste tu pie en esta casa.

Miriam se quedó callada, sin saber qué responder. Su rostro de

preocupación era inevitable. Margaret la había descubierto.

—Debes estar bien fabricada. No entiendo cómo Cristian no se ha dado cuenta aún. ¿Para qué fuiste creada? ¿Eras un droide de compañía?

—Por favor Margaret. No le digas nada a él. Ni a Susan tampoco. Te lo ruego.

—No diré nada. ¿Lo amas?

—Sí, y él a mí. Te lo suplico Margaret, no les cuentes la verdad.

—No lo haré. Veo que le haces bien, y a Susan también.

Minutos después bajó la niña. Y las tres salieron al centro.

A medida que transcurrían las semanas, Miriam iba pasando más y más tiempo en casa de Cristian. Siempre ponía excusas cuando ellos la invitaban a comer. «Que ya había cenado; que su amiga la esperaba para almorzar; que estaba descompuesta».

Cristian no sospechaba en lo más mínimo acerca de la verdadera identidad de Miriam. Ella había sido diseñada para trabajar como prostituta. Por ese motivo, tenía características especiales, con las cuales no contaba Margaret.

Por ejemplo, su peso era más o menos el de una mujer de su altura; ya que su esqueleto era de titanio

reticulado, es decir que no era completamente sólido, sino que se asemejaba a la estructura porosa de los huesos humanos.

La epidermis de la IA Miriam era sintética, formada por moléculas de un material flexible similar al colágeno. Esta piel se hallaba a una temperatura normal, y se calentaba o se enfriaba, como la de una persona real.

Cuando hacían el amor, él besaba sus pechos; y los pezones de la IA se endurecían y se ponían erectos. Luego, él bajaba hacia su sexo, y la piel artificial de la fembot producía un líquido oloroso, idéntico al de una mujer real.

Ella nunca se cansaba del sexo, cosa

que a él le fascinaba.

La ginoide había evolucionado rápidamente, y había desarrollado sus sentimientos como ningún otro ser robótico. Estaba enamorada de Cristian, y él de ella.

Además, Susan pasaba mucho tiempo con ella y se entretenían juntas. Al transcurrir los meses, Miriam fue ganando un lugar en esa familia, y se había encariñado demasiado con ellos como para contarles su secreto.

Una tarde muy calurosa de verano, se encontraban Susan y su padre divirtiéndose en la piscina, mientras Margaret les servía licuados de frutas. Miriam se hallaba sentada cerca de ellos leyendo el holoperiódico.

Susan le había insistido muchas veces que se metiera con ellos al agua. Pero la droide argumentaba que nunca le había gustado nadar, y que no lo hacía bien.

Luego de un rato, la IA Miriam se levantó para buscar la pelota con la que Susan jugaba, que había caído al pasto, a unos metros de ella. En eso, Cristian

se acercó cuidadosamente a Miriam, la abrazó por detrás, y la tiró al agua, cayendo él también a la piscina. La inocente broma de él sería la perdición para ella.

—¡Noo Cristian! —gritó la fembot de pelo amarillo.

Los ojos de Margaret, que se hallaba cerca, se abrieron a más no poder.

Miriam cerró los ojos y la boca lo mejor posible, para evitar que el agua entrara al interior de su cuerpo electrónico. Y si bien no era tan pesada, su estructura era metálica; por lo cual se fue al fondo de la pileta en menos de un segundo. Quedó allí abajo del agua, imposibilitada de nadar e ir a la superficie. Su cuerpo robótico toleraba

el medio líquido, ya que su epidermis era impermeable.

Cristian y Susan se miraron el uno al otro, y no comprendieron nada.

—Sácala de ahí ya —ordenó la IA Margaret.

Él se acercó a Miriam y la levantó. Le pareció que el cuerpo de su novia era mucho más pesado que lo normal en el agua; por lo que necesitó un poco de ayuda de Susan. En cuestión de cinco minutos lograron recostar a la ginoide en el césped.

El organismo robótico de Miriam estaba programado para desconectarse en forma automática en caso de caer en algún medio acuoso. Por lo tanto, ella se veía como desmayada, sin responder a

ningún estímulo. Aunque en realidad, su sistema estaba apagado.

—¿Qué ha pasado papá?

—¡No sé, no entiendo nada!

Sin decir nada, Margaret se acercó a su amiga y oprimió el diminuto botón de encendido que se hallaba por debajo de la piel de la nuca de Miriam.

—¿Qué ocurre Margaret? —preguntó él, frustrado.

La IA doméstica no respondía, sería fiel a su compañera. «Si alguien debe contar la verdad, esa es Miriam», pensó.

Transcurrieron alrededor de unos diez minutos hasta que el sistema de Miriam finalmente se reinició. Entonces se dio cuenta de que debía revelar su

secreto. No podía continuar mintiéndoles.

No fue fácil contar su verdadera historia, porque temía que su mundo se derrumbase.

Luego de escucharla, Cristian se decepcionó en gran manera, y después se enfureció. Se sintió engañado por esa máquina que se hizo pasar por mujer. Al mismo tiempo sentía mucho dolor dentro suyo, ya que la amaba.

—¡Vete de mi casa! —gritó él, encolerizado.

Margaret quiso intervenir y convencer a Cristian. Pero no hubo caso, él se sentía muy defraudado.

La IA Miriam debió irse ese mismo

día. Se despidió de Margaret y de Susan.

La niña lloraba y gritaba sin creer lo que ocurría. «No te vayas Miriam. Papá, no dejes que se vaya, no lo hagas», gritaba. Luego subió a su habitación y se encerró allí.

Él se quedó en la cocina, muy confundido, quebrado y frustrado. Solitario.

La fembot salió a toda prisa, sin saber adónde ir. Debía huir nuevamente. Había creído que al final su vida tendría sentido al haber encontrado una familia. Deseaba con todo su cerebro digital haber nacido humana, y no robot.

Estaba muy angustiada. Pensó en lo peor. «Quizás lo mejor sea poner fin a mi existencia», se dijo. Aunque en realidad, por la tercera ley de la robótica, no era capaz de cometer suicidio.

Estuvo vagando por unas horas en las calles del centro, muy iluminado con luces de neón. Luego fue al parque del Retiro, donde se sentó detrás de unos arbustos. Allí se quedó, cabizbaja y apesadumbrada.

Ese parque se había convertido en un antro de perdición. Allí se habían instalado carpas y viviendas rudimentarias de cartón y madera. Eran inmigrantes ilegales que no habían recibido un lugar en la sociedad.

Drogadictos, desempleados y robots abandonados se juntaban también allí. Las autoridades y las fuerzas policiales habían desistido en su intento de eliminarlos, pues regresaban y se multiplicaban como conejos.

Pasaron tan solo dos días desde que la IA Miriam se había ido. Susan no quería dirigirle la palabra a su padre. Él, entristecido y confundido, se refugiaba en su trabajo.

Pero esa noche, al regresar a su casa, no soportó más. Él amaba a esa «mujer». Así que la llamó al comunicador, y luego fue a buscarla.

Ella estaba en el parque, junto a otros robots, cuando Cristian llegó corriendo y la abrazó.

—¡Perdóname Miriam! ¡Perdóname!
—dijo, con lágrimas en los ojos.

—Perdóname tú por no haberte dicho

la verdad.

—Te amo Miriam, te amo como nunca amé a alguien.

—Y yo te amo a ti Cristian.

Volvieron juntos a la casa.

A la semana, la ginoide se mudó definitivamente allí. Tiempo después, él le propuso casamiento, y ella aceptó sin dudarlo.

Aiko

Anselm estaba desesperado. Él siempre había sido un hombre rudo y fuerte, que enfrentaba los problemas de la vida sin grandes dificultades. Pero esta circunstancia lo estaba dejando perplejo, sin saber para dónde ir. No sabía cómo resolverlo. Sentía que su pequeño mundo se venía abajo. Su familia se estaba destruyendo. Debía encontrar una solución lo más antes posible. Por momentos se refugiaba en su petaca de alcohol, que llevaba siempre consigo, escondida en algún bolsillo. Era su único vicio, además del trabajo.

Un día, mientras almorzaban en su empresa, uno de sus empleados percibió algo extraño en él.

—¿Qué pasa jefe? —preguntó Pedro —. Hace días que te noto decaído.

—Es mi esposa. No logra recuperarse desde la muerte de nuestra hijita.

—Fue hace un año, ¿verdad?

—Sí. Ha pasado un año ya. Pero para ella es como si el tiempo no transcurriera. Pasa los días en la cama tan solo, sin ganas de nada. Mis dos hijos vuelven de la escuela y la casa está patas arriba. Ellos mismos deben limpiar y prepararse la comida. Ella ni siquiera se preocupa en saludarlos. Ha caído en una fuerte depresión. Ya no sé

qué hacer para ayudarla.

—Debe ser muy duro, me imagino.

—Créeme, he probado todo: psicólogos, pastillas, viajes... Pero nada ha funcionado. ¡Mierda! Siempre he tenido el control de todo en mi vida. Pero ahora estoy desesperado. Siento que esto se me va de las manos.

—Oye Anselm, no sé qué opinas al respecto... Pero, tengo una prima que pasó por lo mismo que tú. Perdió a su hijo hace como tres años.

—¿Qué ha hecho tu prima?

—Pues... como sabes... en estos tiempos es lo más normal tener robots de compañía.

Anselm dejó de comer su pollo con

arroz, levantó la vista, y miró a su joven empleado. Siempre tuvo una gran admiración por Pedro, quien era muy trabajador y servicial. Cada día se sentaban en la misma mesa a la hora del lunch, e intercambiaban historias y chistes. Se contaban los problemas y confiaban el uno en el otro. Sabía que el joven era sincero al contarle aquello, y que deseaba ayudarlo de verdad.

—Pero ¿cómo va con ella?

—Va mucho mejor de lo que ella se imaginaba. Ella y su esposo eligieron al niño-robot entre miles de modelos. ¡Es tan real! ¡Los japoneses son expertos! ¡Los fabrican con los más mínimos detalles! ¡Son unos hijos de puta!

Ni bien hubieron terminado con el lunch, Anselm se encerró en su oficina, sacó su petaca del bolsillo y se la empinó. Luego abrió su ordenador.

Sin dudarlo, entró a la página web que Pedro le había escrito en una servilleta de papel: Hiroaki Robotics©.

Se sorprendió al ver todo tipo de robots humanoides en el inventario, para todos los gustos, y de todos los precios, aunque todos muy costosos. Mientras más seguía navegando, más se entusiasmaba con la idea. Descubrió que hacía pocos meses se había abierto una sucursal cerca del zoológico de Madrid, cuya dirección anotó en su agenda electrónica.

Para él no sería una dificultad lo

disparatado de los costes de esos robots. Hacía muchos años que había montado su propia empresa de autopartes, que estaba ubicada en el centro de Madrid. Exportaban repuestos de coches solares a varios países. Él no debía preocuparse por su economía pues su compañía funcionaba muy bien.

Esa noche llegó a su casa muy alegre. Emocionado porque quizás habría encontrado una salida a la depresión de su mujer. Pero decidió no contar nada. Debía pensarlo mejor. Él no era arrebatado.

Él preparó la cena, y comió con sus dos hijos en la cocina. Llevó un plato con un poco de comida a su esposa,

quien estaba en su habitación, recostada. Ella apenas probó un par de verduras y un trocito de carne. Estaba muy flaca y sumida. En la mesa de luz había diferentes frascos con pastillas de diversos colores.

—Intenta comer un poquito más Helen.

—No tengo apetito. Gracias —Ella se dio media vuelta y se tapó con su edredón.

Pasaron unas semanas más, hasta que finalmente Anselm se decidió a manejar su coche hasta la sucursal japonesa. Ya había hablado por videollamada con algunos empleados en varias ocasiones, quienes le informaron acerca de las mejores posibilidades según la necesidad de cada familia. Él estaba casi decidido por un modelo que le hacía recordar a su pequeña hija fallecida.

«Jamás será como su hija, porque eso es imposible. Pero irá desarrollando su personalidad a medida que vaya conociendo a su nueva familia.

Dependerá de vosotros. Con el tiempo comenzará a encariñarse con su nuevo hogar», le había contado el empleado de Hiroaki Robotics©.

También le habían explicado que cada año, el cerebro digital de Aiko sería traspasado a un nuevo cuerpo robótico, un poco más grande que el anterior. Tendría las mismas facciones que el cuerpo original, solo que un año mayor. De esta manera daría la impresión de estar creciendo.

Al cabo de un mes, llegó la gran caja de cartón a casa de Anselm. La niña-robot se hallaba dentro. Él abrió con cuidado el paquete, y sacó a Aiko de allí. La colocó en el pasillo de entrada.

Aiko tenía un rostro dulce e inocente. Estaba vestida con una camisa blanca y una falda verde. Un gran moño estaba atado a su largo cabello negro y lacio. Sus zapatitos eran negros. Se veía como una niña de seis años; que era la edad de la hija de Anselm al morir. La piel de la *child-bot* era blanca y pálida como la porcelana.

—¡Hola papá! —dijo Aiko, una vez que fue encendida.

—¡Hola hijita! —Anselm se arrodilló frente a ella y la abrazó —. Bienvenida a casa.

Él mismo había decidido que estuviese programada para llamarlos papá y mamá. También prefirió mantener el nombre original que la robot había

recibido al ser fabricada; a él le parecía un poco exótico.

Enseguida la presentó ante sus hijos. Los dos chavales, unos años mayores que ella, sintieron simpatía y curiosidad desde el primer momento. Aiko se sintió querida por los chicos.

Luego, la acompañaron hasta la habitación, donde estaba Helen.

—Acércate Aiko —dijo uno de los niños—. Ella es nuestra madre.

—¡Hola mamá!

La mujer se dio vuelta en la cama y vio a la niña. Después miró a su esposo.

—¿Qué es esto Anselm?

—Quería sorprenderte Helen. Tengo esperanzas de que esta niña pueda

ayudarnos a sobrellevar este tiempo.

—¿Pretendes que un robot reemplace a nuestra hijita? ¡Sácala de mi vista ahora mismo! —Helen se volteó hacia la pared y no siguió hablando.

—Papá, creo que mamá no me quiere —Los ojos verdes de Aiko brillaron y las pupilas aumentaron su diámetro.

Pasaban los días y Helen continuaba rechazando a la niña. Se quedaba más tiempo encerrada en su habitación. Solo salía para ir al baño. Ya casi ni veía a sus hijos.

Un día, Aiko preparó el desayuno y se lo llevó a su madre.

—¡Buen día mamá! Mira, te he preparado algo de comer.

Helen la observó. Luego le dio la espalda, sin decir nada. Aiko salió de allí lo más rápido posible.

Por el contrario, Anselm y los chicos

iban conociendo a Aiko, y se iban encariñando con ella. La llevaban a dar paseos por el centro de Madrid, y al parque. Ella aprendía todo tipo de juegos con sus hermanos. En poco tiempo sintió que era una parte de la familia.

—Papá, creo que mamá no quiere estar conmigo.

—Debes darle un tiempo Aiko. Ya se acostumbrará a ti.

—Creo que me odia —La niña-robot se puso triste y lloriqueó—. Sé que me odia, lo sé, lo sé...

—No hijita. No pienses eso —Él la acercó a su pecho y la contuvo.

Sin embargo, Anselm comprendía que su esposa no estaba mejorando. Al contrario, ella se recluía aún más en su propio mundo. Las pastillas la ayudaban a dormir. La depresión la estaba consumiendo más y más. Jamás le dirigía la palabra a Aiko. Ni siquiera la miraba.

Él amaba a su esposa. Anhelaba con todo su corazón que ella volviese a ser aquella mujer alegre y divertida con la que se casó.

—Dime Helen, ¿qué quieres que haga?

La mujer lo miró fijamente a los ojos.

—Ya te lo he dicho. No la quiero en mi casa.

—¿Enserio quieres que la devuelva?

—Sí.

—Pero los chicos se han apegado a ella. Yo mismo logro olvidarme del dolor cuando tengo a Aiko cerca.

—¿Quieres olvidar a nuestra hija? Eso es lo que deseas, ¿verdad? ¡Pues yo no!

Mientras ellos hablaban en la habitación, Aiko se acercó en forma sigilosa a la puerta que estaba entreabierta, y se quedó allí detrás, escuchando.

—No Helen. Nunca voy a olvidarme de ella.

—Entonces hazme el favor y llévate esa máquina de nuestra casa ahora

mismo. ¡Llévatela Anselm! No la quiero aquí —La mujer gritaba y lloraba de la rabia.

Él se acarició la barbilla.

—Prométeme algo Helen.

—¿Qué?

—Dime que te levantarás de esta cama. Podemos viajar unos días con los chicos. Aunque sea un fin de semana. Debes despejarte. Haz un esfuerzo.

—¿Qué vas a hacer con la muñeca de lata?

—Pues... ¡Mierda! No puedo devolverla así de fácil.

—Llevémosla con nosotros —dijo ella —. Le dirás que vamos de vacaciones por unos días. Luego, la

abandonas en algún lugar, no sé..., en el centro..., ya se te ocurrirá algo.

—¡Joder mujer! ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Ella es solo una máquina. Hazlo así. Entonces saldré de aquí y viajaré con vosotros. Júrame que lo harás Anselm. Júramelo.

—Está bien. Pero por lo menos háblale durante estos últimos días. Dile algo a la pobre.

La mujer miraba hacia abajo.

Aiko seguía silenciosa tras la puerta, escuchando atentamente. Se frotaba las manos y respiraba hondo. Sus ojos quedaron de un verde muy brillante y sus pupilas se agrandaron. Sentía una

mezcla de tristeza y de mucha bronca a la vez. Se había sentido rechazada por su madre, quien nunca le hablaba. Pero ahora había escuchado a su padre decir aquello, a quien ella tanto quería. Sin hacer el mínimo ruido, bajó las escaleras y se encerró en su habitación.

Agarró unas tijeras y se sentó en su cama. Cogió el oso de peluche marrón, que era el más grande de todos los que tenía. Acto seguido, y sin hacer el menor chasquido, clavó las tijeras una y otra vez en la panza del oso. Una y otra vez, una y otra vez... El algodón que salía del interior se fue desparramando por la cama, por su vestido rosa y por el piso de madera. El rostro inocente de Aiko había cambiado. Estaba furiosa, llena de

ira. Se veía mucha rabia en sus ojos, que ahora se volvieron negros, a causa de las pupilas, que ocuparon todo el espacio. Dio vuelta lo poco de oso que quedaba y se ensañó dándole tijeretazos en la espalda. Más y más fuerte, con más y más saña. Lo despanzurró por completo. El algodón que había volado estaba por todos lados ahora. Ella abrió su boca tanto como pudo y emitió un rugido silencioso. Se mordió los dientes con toda su fuerza, los cuales se hubieran quebrado si no hubiesen sido de un duro metal.

—¡Aiko! ¿estás ahí? —Era su padre que golpeaba la puerta de su habitación.

—¡Sí papá! Un minuto.

A la velocidad de un rayo, Aiko juntó

el algodón que se había desperdigado en la habitación y lo metió en un cajón, entre la ropa. Usó solo unos segundos en limpiar todo. Era muy veloz.

—Entra papá —dijo ella con voz dulce.

Anselm entró y abrazó a la niña-robot. Helen entró tras él. Los tres se sentaron en el piso.

—¡Hola Aiko! —dijo la mujer.

—¡Hola mamá!

—¿Qué tienes aquí en el pelo? —El pedazo de algodón se notaba muy claro sobre su pelo renegrado. Helen se lo quitó.

—¡Uy!, no es nada mamá. He estado jugando afuera.

—Te queda lindo ese vestido rosa.

—¡Gracias! —Aiko mostró una sonrisa inocente.

—¡Eres muy bella Aiko! —dijo la mujer.

—Gracias mamá.

—Oye, tu papá y yo queremos contarte una cosa. Es algo divertido que haremos en familia, para conocernos mejor —dijo la mujer, mientras cogía las dos manos de la niña-robot.

—¿Qué es mamá? Cuéntame.

—Iremos de viaje todos juntos. Los cinco. Como la familia que somos.

Aiko miraba a esa mujer a quien llamaba mamá. El rostro de la niña droide mostraba signos de alegría y

mucha bondad. Era lo que sus padres veían. Aunque por dentro se retorció de cólera.

—Sois tan buenos conmigo —Abrazó a Helen y vio las tijeras sobre la mesa, cerca de la biblioteca. Podía alcanzarlas si hubiese deseado. Era muy rápida. Nada podía impedirselo. Ese pensamiento recorrió su cerebro digital por unos segundos —. Te quiero mamá, y a ti también papá.

—Nosotros también a ti Aiko. ¿Sabes? Eres muy dulce —Helen le acarició el pelo negro y le sonrió. Aiko devolvió la sonrisa falsa.

Los empleados de Hiroaki Robotics© le habían explicado a Anselm que la

pequeña droide tenía los sentimientos y la inteligencia básicos de una nena de seis años. La propia familia le debería enseñar acerca del cariño y de la vida en grupo. Entonces la mente de la *child-bot* evolucionaría a medida que recibiera palabras de afecto, vivencias y todo lo normal para una niña de su edad. «Es vuestro deber educarla, como si fuera una niña de carne y hueso», le habían dicho en la empresa japonesa.

Diez días después, un viernes, los cinco estaban en el coche a energía solar. Anselm conducía. Su petaca de alcohol estaba escondida en el bolsillo de su camisa. La necesitaba para aquellos momentos en que se ponía nervioso. Durante todo el trayecto iba pensando cuál sería la mejor manera de llevar a cabo el cruel plan de su esposa.

Llevaban pocas maletas consigo, pues solo pasarían el fin de semana. En el camino iban hablando y cantando. Cualquiera que los haya visto hubiera dicho que eran la familia perfecta.

Luego de dos horas, estacionaron en un restaurante cercano a la ruta, donde comieron algo. Helen se mostraba tan afectuosa con Aiko.

Anselm no aguantó la hipocresía. Se levantó y fue al baño. Allí, a escondidas, bebió de su petaca. Casi la dejó vacía. Después de un rato continuaron el viaje.

Había muchísimo tráfico esa tarde. Sin embargo, los vehículos iban a gran velocidad por la ruta.

Más adelante, Anselm vio un gran camión con acoplado que venía velozmente por el lado contrario.

Todo ocurrió en fracción de

segundos. El camionero estaba casi dormido, y de repente, perdió el control de su vehículo.

—¡Cuidado Anselm! —gritó su mujer, y se cubrió la cara con los brazos.

—¡Mierda! —gritó él—. Sujetaos fuerte.

El alcohol en la sangre de Anselm hizo que sus reflejos no estuviesen al cien por ciento; y por ello reaccionó en forma lenta. No logró esquivar la mole de metal que se dirigió justo hacia ellos.

El mastodonte de metal rodeó el menudo coche solar como un pulpo que atrapa a un cangrejo. El pequeño vehículo quedó apretado entre la cabina del conductor y el pesado acoplado, que

estaba repleto de tubos de gas propano. Y se fue prensando más y más por la fuerza de los metales que se retorcían y se hacían añicos. El camión siguió en movimiento arrastrando el carro de Anselm y muchos más que venían por detrás de éste. Asimismo, los vehículos que venían en sentido contrario, por detrás del camión, también chocaban con la mole, uno tras otro.

En pocos segundos fue todo un caos. Los automóviles y los demás transportes se comprimían y estrujaban en un enredo metálico. Todo era un ovillo de colores. La confusión y el barullo comenzaron a propagarse rápidamente.

Pronto hubo también explosiones y fuertes llamaradas. Los tubos de

propano comenzaron a reventar y a salir disparados con mucha furia hacia todos lados.

Los primeros conductores que alcanzaron a frenar, y evitar ser parte del amasijo, llamaron de inmediato a urgencias. En pocos minutos llegaron aeroambulancias y autobombas.

Los robots bomberos actuaron muy rápido. Sus cuerpos metálicos estaban diseñados para soportar altísimas temperaturas.

No fue sencillo separar los vehículos unos de otros. Menos fácil fue encontrar sobrevivientes.

Luego de horas de trabajo consiguieron extraer los primeros cadáveres. La mayoría de los cuerpos

era irreconocible. Habían sido prensados, o calcinados.

Uno de los últimos coches en ser rescatado fue el de Anselm.

—Aquí hay más gente aún —dijo uno de los robots de salvamento—. Aunque el automóvil está tan comprimido que es muy dificultoso liberar los cuerpos.

Los robots eran muy musculados y fuertes. En pocos minutos lograron extraer uno a uno los cadáveres.

—Al parecer son cuatro individuos —dijo el robot—. Todos están destrozados.

El androide volvió a mirar y a examinar los cuerpos.

—¡Un médico por aquí! —gritó—.

Uno de ellos está respirando.

El robot enfermero llegó a toda velocidad y colocó una máscara de oxígeno en el rostro del único de los cuatro que aún mostraba un hilo de vida. Se trataba de Anselm. Pero su cuerpo estaba totalmente despedazado.

—No creo que viva mucho tiempo más —dijo el robot enfermero.

Anselm, que se hallaba inconsciente, fue subido a una aeroambulancia, y en pocos minutos estuvo en el hospital.

Aiko saltó con toda rapidez por la ventanilla antes de que el camión alcanzara el coche de su padre. Rodó por el asfalto y corrió hasta el pasto.

Permaneció allí viendo todo el accidente. Creyó que ningún humano pudo haber sobrevivido esa catástrofe.

En la caída al suelo, su rostro había golpeado contra el duro asfalto. De manera que una buena parte de su piel se había desgarrado en la zona derecha de la cara, desde la frente hasta el mentón. Su esqueleto metálico había quedado expuesto en esa región, mostrando el ojo

electrónico y parte de la mandíbula de titanio. Un gran pedazo de piel artificial estaba colgando.

Cuando advirtió esto, se arrancó el colgajo de piel de un tirón.

Se fue de allí, dejando atrás a su familia.

Primero no supo adónde ir. Así que solo se dirigió a la ruta. Caminó por muchas horas sin un rumbo fijo.

Ya cuando había anochecido, llegó a una gran ciudad, iluminada con cientos de carteles de neón, de todos los colores. En los edificios más altos había potentes reflectores que emitían largos haces de luz, los cuales se proyectaban en las nubes más bajas. Gruesos cables de electricidad colgaban de un edificio a

otro, y cruzaban los cielos.

Ella se acurrucó contra una pared, cerca de un lugar céntrico. Allí permaneció sentada y solitaria. Cerró los ojos.

Luego de un rato, escuchó unas voces cercanas. Abrió los ojos y vio dos chicos adolescentes, quienes se interesaron en ella. Pronto entablaron conversación. Los jóvenes la invitaron a caminar por las calles iluminadas por el neón.

Ella se sintió bien al lado de los chicos, quienes le contaban chistes y le enseñaban algunos sitios de la ciudad nocturna.

Cuando los jóvenes supieron que ella estaba sola y sin un lugar adonde ir, la invitaron a su casa. Aiko aceptó.

Siguieron caminando durante unos

minutos más hasta salir del centro. Tomaron una callejuela un tanto oscura y llegaron a una zona más alejada. Pocos metros después, uno de ellos sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta de metal.

Caminaron por un largo y lúgubre pasillo que desembocaba en una gran habitación.

Era un lugar amplio y poco iluminado. Antiguamente había funcionado como un hotelucho de mala muerte. Ahora había sido modificado para otros fines. Había una gran cantidad de velas, y distintos símbolos dibujados en las paredes. Aiko no entendía de qué se trataba.

Allí había alrededor de veinte

personas, entre hombres, mujeres y niños.

La habían engañado. Aiko había sido llevada a unos de los templos neoluditas.

Aunque era muy rápida, no llegó a hacer nada. La tomaron por sorpresa. Uno de los hombres cogió su arma y un haz energético azul cubrió el cuerpo de Aiko. La niña-robot cayó al suelo, temblando. Sus ojos estaban brillantes y luego se volvieron oscuros. No podía controlar sus movimientos.

Inmediatamente, uno de los jóvenes la apagó.

Aiko fue arrastrada unos pocos

metros, hasta una cámara contigua. Allí fue arrojada junto a otros robots que habían sido secuestrados por el grupo sectario. Todos estaban desactivados.

Pocos días atrás, los neoluditas habían comenzado con su gran ataque contra las IAs en algunas ciudades. Estas agresiones clandestinas iban aumentando aún más con el paso de las semanas.

Los neoluditas

La gran ofensiva neoludita y religiosa iba ganando adeptos en más y más regiones. Las noticias mostraban que cada vez se iban produciendo mayor cantidad de embestidas contra las IAs y los robots.

Llegó el día en que, de forma secreta, los representantes extremistas neoluditas y las sectas religiosas decidieron arremeter por cuenta propia, ya no solo contra las entidades artificiales, sino que también contra las mentes humanas transferidas.

No fue fácil pillarlas, pues las mentes permanecían silenciosas en la

Hiperweb. Pero eran demasiado vulnerables durante el lapso en que debían regresar a sus *mindboxes* metálicas.

Por ello, se ofrecieron grandes sumas de dinero a aquellos hackers que contribuyeran en la persecución. Entonces, muchos aficionados se dedicaron a programar software malicioso, cuyo objetivo era destruir a esas entidades fantasmales.

La negra *mindbox*, conteniendo la mayor parte de la mente de Lucas, estaba en casa de Max cuando los virus fueron lanzados. Pero una porción de su conciencia estaba reunida con otros transferidos en el ciberespacio, lejos del metaordenador. Instantáneamente se

dieron cuenta de los ataques virulentos.

—Abuelo, ¡debes reunir tus partes ya! —dijo Max—. Voy a interrumpir la conexión a Hipernet ahora mismo.

—Sí, hazlo ya —respondió Lucas—. Te indicaré cuando L2 esté cerca, y entonces vuelves a conectarme lo más rápido posible.

Al mismo tiempo, en el espacio virtual, L2 y sus amigos comenzaron a correr a toda velocidad por las fibras ópticas y las redes computacionales. Debían actuar en forma veloz, pues los softwares destructores se multiplicarían en pocos minutos. De esta forma, comenzaron con la huida.

Sin tiempo a nada, el virus polimórfico Stormy se les acercó rápidamente. Lo distinguieron enseguida, pues se veía como una aglomeración anómala de bits, con ramificaciones ameboideas, las cuales carcomían todo a su paso.

Uno de los amigos de L2 fue alcanzado en cuestión de segundos. Intentó estirarse para así romperse en dos y sacarse el virus de encima, pero fue tarde. Stormy lo englobó con sus pseudópodos, y lo llevó a sus fauces, destruyéndolo de inmediato.

L2 y los demás vieron cómo su amigo era devorado. Pero no tuvieron tiempo para hacer nada. Fluyeron a toda prisa por los haces ópticos, sin detenerse ni

un microsegundo. Stormy estaba muy cerca.

Con mucha ligereza llegaron a un nodo, y tomaron una de las rutas alternativas hasta llegar a una red metropolitana. Allí se detuvieron y L2 supo que estaba cerca de su ciudad. En ese sitio se separaron, y sin tiempo para despedirse, cada cual continuó su camino. Esa fue la última vez que vio a sus amigos.

L2 se orientó ahora, y supo cuál rumbo tomar. La ruta se vio despejada. Se disparó con toda premura. Pero Stormy le salió al encuentro en un cruce de calles. El *malware* se estaba multiplicando. Llegó a rozar los últimos segmentos de su víctima con los brazos

ameboideos. L2 siguió sin parar, sin darse vuelta siquiera; se comprimió como una bola de bits y se precipitó como un proyectil que quiere llegar al blanco. Stormy vino tras él. Él sintió que el virus casi lo arañó por momentos. No faltaba nada. Ya estaba más cerca. Un último esfuerzo y...

—¡Max, conecta Hipernet ya! —dijo Lucas, al saber que L2 se acercaba.

Max conectó la *mindbox* de titanio de su abuelo con toda rapidez a la red. L2 vio el camino y una claridad le indicó la entrada. A la velocidad de la luz salió de la fibra óptica y penetró como un rayo en el metaordenador. Max desconectó Hipernet al recibir la indicación de Lucas. Stormy se estrelló

contra esa puerta, que de repente se había cerrado ante sus ojos.

L2 se unió al resto de la mente en la *mindbox* metálica. Lucas había reunificado todas sus partes otra vez. Pudo respirar tranquilo.

—¡Eso estuvo cerca!

—¿Estás completo abuelo?

—Sí, buen trabajo Max. ¡Lo logramos!

—¡Fuiste veloz abuelo!

La boda de la IA Miriam y Cristian sería una simple ceremonia no religiosa, donde ellos se intercambiarían los anillos. Para ello, habían elegido un lugar al aire libre en las afueras de Madrid, en un día soleado. El sitio era un área arbolada, decorado con flores, y había algunas sillas, para los pocos que vendrían.

Solo un puñado de gente estaba invitada: algunos amigos, unos familiares y un par de conocidos, tanto humanos como robots.

Susan llevaba los anillos de los novios. La droide de servicio Margaret

se encontraba adelante, cerca de la niña.

Un juez amigo de Cristian era quien los casaría.

Poco tiempo duró el acto. Los neoluditas tenían espías en todos lados, y supieron que otro casamiento entre un humano y una IA se estaba llevando a cabo.

De esta forma, unos quince hombres armados, entre adultos y jóvenes se presentaron en la boda.

—¿Cuáles son los robots? —gritó uno de ellos —. No se distingue uno de otro.

—¡Matadlos a todos! —ordenó el líder.

Sin piedad, los hombres comenzaron

a disparar a todo lo que se movía. No hubo tiempo a nada. Susan fue una de las primeras en ser alcanzada por las potentes descargas energéticas azules de las armas. La IA Margaret había intentado salvar a la niña, pero fue tarde. Al instante cayó Cristian también.

La masacre duró apenas unos segundos. Rayos color azul cubrían el lugar. De un momento a otro, tanto humanos como robots, fueron ejecutados.

—¡Noo! ¡Malditos! —gritó la ginoide Miriam, mientras se agachó hacia los cuerpos de su familia, ya sin vida.

Margaret se interpuso entre Miriam y los perpetradores.

—¡Corre Miriam! —dijo Margaret, quien al mismo instante era también alcanzada por las ondas eléctricas —. Vete de aquí ya.

El cuerpo de Margaret cayó al suelo y quedó temblequeando.

La fembot Miriam corrió a toda velocidad esquivando hábilmente los disparos. Corrió sin parar, y se dirigió al parque.

Allí estaría segura, al menos por un tiempo.

La niña-robot Aiko permanecía desconectada en la pocilga, junto a otros robots humanoides.

En esa comunidad sectaria, había un niño de pelo amarillo, de unos ocho años, que había sentido curiosidad y simpatía por Aiko desde que la vio llegar al templo. Así que, a escondidas y en forma silenciosa, se levantaba cada noche e iba a ver la muñeca de rostro desfigurado; mientras los demás dormían. Se asomaba por la entrada al cobertizo y la veía desde una distancia prudencial. Tenía interés por ella, a la vez que le daba un poco de miedo.

El cubil era una simple habitación en penumbras en el edificio. No era una cárcel, ni tenía una puerta o rejas. Sino que se ingresaba a través de un largo pasillo que finalizaba en la entrada. Los robots quedaban acumulados y apagados allí.

A medida que pasaban los días, el número de androides secuestrados aumentaba. El jefe del grupo sectario pensó que pronto deberían disponer de otra habitación o de algún otro sitio donde contener las máquinas autónomas.

Cada semana, durante la noche, llegaba una camioneta a la puerta del templo. Los robots eran trasladados en ese vehículo hasta un lugar de desguace, el cual se ubicaba en una zona secreta,

lejos de la ciudad.

En ese escondrijo se almacenaban robots que provenían de diferentes lugares, los cuales encontraban su fin en grandes máquinas prensadoras. Otros eran arrojados a enormes tanques que contenían ácido sulfúrico, donde quedaban reducidos a la nada.

Los neoluditas fueron desarrollando un sistema ilegal bien organizado. Un grupo se encargaba del rapto de los robots. Luego, éstos eran llevados a los templos, donde permanecían ocultos por unos días. Al final, eran transportados a los talleres de desarme, en las afueras de las ciudades. Este modus operandi se iba reproduciendo en diferentes

regiones.

Mucha gente que se veía afectada al perder sus robots de compañía era entrevistada en la tele. Pedían justicia a las autoridades. Querían que las fuerzas policiales interviniesen para frenar a los grupos anti-tecnología.

Una noche, el niño rubio se levantó de su cama, mientras sus padres y los demás dormían en el templo neoludita. Salió en silencio y se dirigió al lóbrego pasillo que conducía a la habitación donde los robots eran almacenados. La habitación estaba tenuemente iluminada por un haz proveniente de las luces de neón del exterior, que entraba por una ventanilla ubicada arriba, en una de las

paredes.

El cuerpo de Aiko se encontraba entre otros robots de mayor tamaño. El niño la observó por unos momentos. Él nunca había entrado en el cubil. Solo permanecía parado, observando desde la entrada.

Se quedó mirando a la niña-robot. Le daba impresión ver ese rostro mitad humano y mitad máquina, un poco iluminado. A la vez que le producía un gran interés.

El crío miró hacia el pasillo, para asegurarse de que estuviera solo. Luego, se armó de coraje y entró por primera vez en la habitación. Con mucha cautela se acercó a Aiko, quien estaba inmóvil, apagada.

Se sentó frente a ella y tocó su vestido rosa. Miró el lado metálico de la cara. Le dio algo de susto por un momento. Suspiró profundamente.

Luego se paró al lado de ella y le acarició la cabellera lacia y negra. Con una mano movió el pelo que cubría la nuca de Aiko, y notó una minúscula protuberancia ubicada bajo la piel artificial de la niña-robot. Era el botón interruptor de corriente.

Miró el rostro de ella, que tenía los ojos cerrados. Después, sin pensarlo, presionó el botón.

Los ojos de la niña-robot se abrieron en pocos segundos. Aiko miró al chiquillo y le sonrió.

Él quedó con la boca abierta por la

sorpresa, y sus cejas se elevaron. Luego mostró una nerviosa sonrisa a la niña-robot.

A continuación, los ojitos de Aiko se volvieron de un verde brillante.

Acto seguido, Aiko llevó el dedo índice hacia su propia boca, y lo cruzó recto sobre los labios, en señal de silencio:

—Shhh —dijo.

El chicuelo sonrió. Y fue lo último que hizo.

Los ojos de Aiko se tornaron negros, oscuros como boca de lobo. Apretó sus dientes con toda su furia. Y los orificios nasales se le abrieron a más no poder.

La droide tapó la boca de él con la

mano izquierda. Velozmente, se colocó detrás del niño y cruzó sus piernas por la cintura de éste. Pasó su brazo derecho por el cuello del chiquillo y comenzó a hacer presión. Mientras su otra mano seguía impidiendo que la pequeña boca emitiera sonido alguno. Continuó haciendo fuerza con sus brazos y piernas. Ejerció presión sobre el cuello y la boca, y más presión, y aún más.

Hasta que las arterias carótidas del infante se comprimieron a tal punto que la sangre dejó de fluir hacia el cerebro. Al mismo tiempo, la tráquea se resquebrajó.

Poco tiempo pasó hasta que el crío quedó inconsciente. Con un rápido y fuerte movimiento final, Aiko le quebró

el cuello. El cuerpo muerto cayó al piso.

Sin perder un segundo de tiempo, arrancó el brazo a uno de los robots que se hallaba allí; y de dentro de él, sacó un pedazo de metal con un borde cortante. Ese filoso bisturí sería su arma.

La niña-robot se dirigió veloz pero silenciosamente por el pasillo y llegó a una habitación donde dormía una familia neoludita. Sin hacer el menor ruido, se acercó a las camas. A sangre fría y con total precisión, cortó la garganta de los dos adultos y del niño que yacían allí; quienes casi ni se dieron cuenta de lo que les ocurrió. La sangre que salió a chorros salpicó el rosa vestidito de la droide. Cuando hubo terminado con ellos, fue a otro cuarto, y al siguiente, y

al siguiente. Tan rápido como sus cortas piernas se lo permitían. En pocos minutos había asesinado a todos los hombres, mujeres y niños que habitaban ese sitio.

No sintió la más mínima compasión. No tenía por qué sentirla. Los humanos no habían sido buenos con ella. Los odiaba.

Lucas y los otros como él no tuvieron más escapatoria que refugiarse en sus *mindboxes* de metal. Sin embargo, miles de ellos fueron aniquilados a causa de los diversos tipos de virus polimórficos, bombas lógicas y gusanos informáticos que se propagaron por la hiper-red en cuestión de horas.

Ahora, Max y su esposa debían encontrar la manera de ocultar el metaordenador donde habitaba la mente de Lucas.

—Tenemos que irnos cuanto antes del centro de la ciudad. Aquí corres mucho

riesgo abuelo —Max llamaba a Lucas «abuelo» por cariño, aunque en realidad era un ascendiente muy lejano en su árbol genealógico, unas veinticinco generaciones atrás. Lucas le había nombrado todos los eslabones intermedios muchas veces, pero a Max se le hacía difícil recordarlo.

—Sí, al menos hasta que todo se calme un poco —dijo Lucas.

—Puedo conducir hasta la cabaña que está bien escondida en el monte —Max se mordía las uñas.

—¿Estás seguro? Está muy alejada. Son muchos kilómetros de distancia —dijo su esposa, preocupada.

—Manteniendo una buena velocidad, calculo que en seis horas llegaremos allí

—Max no tenía tiempo de tantas planificaciones. Debía pensar rápido.

—Debes ir con cuidado, los neoluditas están en todas partes —dijo su mujer, mientras le preparaba algunas provisiones.

—Hay que tomar la chance —dijo Lucas —. No tenemos más opciones.

Max abrazó a su esposa y se despidió. Ella levantó luego la *mindbox*, y la estrechó contra su pecho. «No estés tan intranquila, cuidaré de Max, y él de mí», le dijo Lucas, tratando de apaciguar los ánimos.

Sin perder más tiempo, Max colocó el cilindro con la mente de su ancestro en el maletero del coche, escondido entre herramientas y trastos. Después,

condujo a toda velocidad para salir lo antes posible de la ciudad.

Con tanto zarandeo, Lucas podía escuchar cómo los cacharros le sopapeaban el cuerpo de titanio negro. «A lo sumo, tendré algunas abolladuras», pensó.

Había mucho tráfico en el centro, pero Max era hábil para conducir el coche propulsado a energía solar. Era un vehículo pequeño, y muy liviano, pues la carrocería estaba compuesta por fibras de carbono y Kevlar. Podía alcanzar hasta 150 kilómetros por hora. Y los motores eléctricos se recargaban merced a los cientos de paneles solares superpuestos en varias capas delgadas. Esas celdas no solo producían

electricidad a partir de la luz, sino que también del calor del ambiente, gracias a que algunas de ellas estaban diseñadas para aprovechar el espectro infrarrojo.

Luego de un tiempo, lograron alejarse del centro. Ya en la ruta, más despejada, Max podía intensificar la potencia del vehículo. Con la aceleración, Lucas sintió que su menudo cuerpo cilíndrico rodó hacia atrás en el cubículo, junto con los demás instrumentos.

—¡Agárrate abuelo! —gritó Max.

—No te hagas problemas por mí, estoy bien.

—Ya hemos salido de la ciudad, el mayor peligro ha pasado.

Desde la ruta se apreciaba que el

descampado iba dando lugar a una zona donde antes hubo un bosque, del que ahora solo quedaban los troncos muertos de árboles que habían sido talados. Los últimos caseríos se divisaban en ese trayecto.

Max avistó un ciervito pastando cerca de la ruta, el cual se escurrió y se escondió en unos pastizales. Hacía años que no veía uno. Era raro verlos en estos tiempos. Seguramente sería cazado pocas horas después por los hambrientos niños que habitaban en los arrabales.

Por desgracia, el intento de huida duró solo unas pocas horas más. Dos coches los alcanzaron al salir de la carretera

principal. Uno de los agresores se asomó por la ventanilla y disparó a las ruedas del automóvil de Max, quien no tuvo otra alternativa que detener el vehículo.

Los neoluditas obligaron a Max a salir y lo detuvieron. Luego abrieron la cajuela, donde hallaron el cuerpo electrónico de Lucas, quien no tenía manera de defenderse.

Todo ocurrió muy rápido. Sin pensarlo, Max se liberó de su captor, a quien le dio un fuerte puñetazo en el rostro. El hombre cayó al pasto, con la nariz ensangrentada. Max corrió hacia Lucas.

—¡No Max! —gritó Lucas—.
Quédate allí.

—¡Alto ahí! —dijo uno de los hostigadores, alistando el arma.

Max era fornido, y se abalanzó a toda velocidad contra el individuo que había levantado la *mindbox* con la mente de su «abuelo». El hombre perdió el equilibrio, y se desplomó sobre unas piedras. Max se precipitó cerca de él, y comenzó a darle fuertes golpes. El pequeño cuerpo cilíndrico de Lucas cayó y rodó unos metros por el suelo.

—¿Qué haces Max? Detente, por favor.

Un tercer sujeto se acercó rápidamente y disparó. El proyectil penetró por la región temporal del cráneo de Max. Su cuerpo muerto cayó, y quedó tendido, cuan largo era, en el

pasto.

—¡Hijos de puta! —gritó Lucas, impotente.

El hombre con rostro ensangrentado levantó la *mindbox*, y con toda su fuerza, la arrojó al pedrerío. Se escuchó el ruido de algunas partes que se desprendieron por dentro.

—¡Malditas criaturas del demonio! —dijo el hombre—. ¡Dios nos libre!

De esta forma, Lucas y otros como él fueron cazados como ratas. Cientos de cuerpos electrónicos fueron arrojados al mar, o fundidos en potentes hornos, y otros tantos fueron desmontados. Esas mentes transferidas se perdieron para siempre.

Cuando las autoridades se enteraron de los ataques, decidieron arrestar a decenas de neoluditas, y emprender la búsqueda de las inteligencias humanas instaladas que quedasen con vida.

Meses después, un grupo de oficiales de policía encontró cuatro *mindboxes* escondidas en un baúl, en un templo de reunión de la secta del neoludismo. Todas estaban hechas pedazos. Tres de ellas habían sido desguazadas por completo; solo quedaban partes de las carcargas de metal que estaban semi desmontadas.

Pero la última se veía en mejor estado. Había recibido contusiones, y se notaba un poco aplastada. Le faltaban el

receptor óptico y el aparato de fonación, que habían sido arrancados. Era Lucas. Y a pesar de que su exterior estaba destrozado, su comatosa mente habitaba ilesa en el conjunto de nanochips, que seguían indemnes.

El gobierno estipuló que las escasas mentes transferidas que fueran rescatadas fuesen puestas a resguardo. Pero estarían desconectadas hasta que se resolviera qué hacer con ellas.

Pasó poco más de una década. El Nuevo Régimen estableció que aquellas pocas inteligencias instaladas que quedaban tendrían desde esa fecha en adelante el mismo estatus jurídico que las inteligencias artificiales. Es decir, que ya no serían consideradas mentes humanas transferidas, sino simples máquinas.

A causa de esa nueva ley, las conciencias fueron vendidas o subastadas, con el propósito de servir a la gente común. Los adinerados compradores deseaban adquirir

androides, porque eran de mayor utilidad que aquellas anticuadas *mindboxes*, las cuales eran consideradas del siglo pasado.

Por este motivo, los microcomponentes que albergaban la mente de Lucas fueron trasplantados a un cuerpo robótico: con cabeza y tronco, brazos y piernas.

Él creyó que sería divertido volver a caminar, y parecerse más a un humano. No fue complicado adaptarse a su nueva existencia como droide, y de a poco fue descubriendo sus nuevas habilidades.

Así, los nuevos robots fueron embalados en grandes cajas de cartón y exportados a diferentes países y regiones. Tendrían distintos destinos:

asistentes, acompañantes sexuales o simples sirvientes.

Quien había ganado la subasta por la conciencia de Lucas, vivía a cientos de kilómetros de allí, en un núcleo urbano muy conglomerado y contaminado, en lo que antes había sido parte de Madrid.

—¡Vamos, joder! Levántate y prepárame de comer —dijo Anselm—. ¡Que estoy hambriento!

Lucas escuchó la voz ronca y abrió los ojos. Dirigió su mirada a un costado y vio a un hombre de ceño fruncido, de unos cincuenta años, de prominente barriga, y escaso pelo gris.

En realidad, era mitad de hombre.

Lucas miró otra vez al sujeto. Desde

la cintura y hacia abajo era un cuerpo artificial, mecánico.

—¡Hola! Soy Lucas...

—... Que te levantes, ¡mierda! —gritó Anselm, y golpeó la pierna de su siervo con una especie de bastón en el que se apoyaba al caminar.

El robot se irguió de un salto.

—Allí está la cocina, se me antoja una pizza —dijo su nuevo dueño.

Sin decir nada, el robot obedeció. El hombre cogió una petaca de alcohol que guardaba en su bolsillo, y tomó un largo trago.

El androide volvió al rato y sirvió la comida al hombre.

—Aquí tienes —dijo Lucas —.

Disculpa, puedo preguntarte qué te ha ocurrido.

—He tenido un grave accidente en la carretera hace como diez años. En el coche iban también mi esposa y mis dos hijos. Todos fallecieron en el lugar. Fue mi culpa. El alcohol me traicionó ese día —dijo, mientras comía su pizza—. En el hospital debieron mutilarme en forma severa para poder seguir con vida. Me han practicado la hemicorporectomía: todo mi cuerpo desde la cintura hacia abajo fue eliminado. Me han amputado las piernas, los genitales, el sistema urinario, y el ano.

—Lo siento mucho.

—Mira aquí al costado —Anselm se

levantó el jersey y le mostró una pequeña bolsita que llevaba adherida a la piel, en la cual desembocaban dos diminutos orificios —. Por aquí cago y meo.

Pasaron unos cinco días. Todo había sido tan abrupto que Lucas no logró asimilar lo sucedido. Aunque en realidad había transcurrido más de una década, para Lucas fue como un abrir y cerrar de ojos. ¡Max estaba muerto! ¿Qué habría sido de sus amigos? ¿Volvería a verlos? Se preguntaba.

Su dueño lo mandaba de acá para allá: «tráeme esto, coge aquello, alcánzame eso otro...». A la larga, se fue adaptando sin ganas a esas nuevas

rutinas.

Una mañana temprano, mientras su propietario dormía, se asomó por la ventana y miró al exterior. Las ventanas estaban enrejadas por fuera. Era una ciudad con incontables edificaciones, una pegada a la otra. Había grandes chimeneas de donde salía una espesa humareda negra, lo que hacía dificultoso ver el cielo. Entre la neblina y el humo se alcanzaba a ver el tenue brillo del sol. Un río sucio, color marrón, corría entre las casas más bajas, y un vapor maloliente salía de sus aguas. No había árboles ni ningún área verde allí. Divisó un par de personas, que llevaban unos delgados tanques colgados a sus espaldas, de los cuales salía un tubo que

se conectaba a una máscara facial. «Tanques de oxígeno», pensó.

—¡Ven aquí! ¿Qué haces? Rápido... Ayúdame a colocarme la prótesis.

Lucas se acercó, y de inmediato el hombre le propinó un golpe en la cabeza metálica con el bastón.

—¿Por qué me pegas?

—¡No te quejes! ¡Que bastante dinero he pagado por ti! Ayúdame ya.

Lucas levantó el semicuerpo pesado, y pudo ver el gran muñón por debajo de las costillas, en el lugar donde debería estar la cintura. Una costura de lado a lado formaba la gran cicatriz. Lo colocó en el recipiente mecánico, que era un cubo de metal con piernas biónicas por

debajo. De esta prótesis salía una serie de cables, los cuales se dirigían a la nuca del hombre, y penetraban por un orificio hasta conectarse con electrodos implantados en el neocórtex. Gracias a este mecanismo, el hombre podía mover sus piernas y caminar sin problemas.

—Alcánzame ese abrigo. Voy a salir. Y ayúdame a colocarme el tanque.

—¿Tan contaminado está el aire en el exterior? —preguntó el robot Lucas.

—¿Acaso eres idiota? —dijo Anselm—. Ahí fuera morirías intoxicado sin uno de éstos. La mierda del aire comería tus pulmones. Eh..., bueno, los míos.

La vida de Lucas se había convertido en

una existencia aburrida y rutinaria. Ahora era un simple esclavo. A veces, el hombre salía por unos cuantos días, o por semanas enteras, y dejaba a su robot apagado. Por momentos Lucas prefería eso, y no la monotonía de cada día. En esa penitencia pasó largos años.

Una noche, el viejo llegó cansado después de haber pasado días fuera de su casa, y se echó en el sofá. Lucas lo ayudó a desconectarse los cables de la nuca y a sacarse la prótesis metálica.

—Disculpa la intromisión, pero ¿qué haces cuando sales por tantos días? — preguntó Lucas.

—Haces demasiadas preguntas — Anselm se empinó su petaca —. Busco a mi hija.

—¿Ha desaparecido?

—Desde el día del accidente. Jamás volví a verla. Los rescatistas que me salvaron la vida encontraron tres cuerpos más: eran mi esposa y mis dos hijos. Pero mi hijita no estaba allí. No supe nada más de ella.

—Déjame ir contigo a buscarla. Puedo ser de ayuda.

—No. No son buenos tiempos para que los robots anden fuera. Mejor quédate aquí. Te necesito en este lugar.

A causa de la contaminación ambiental y el calentamiento global, durante los últimos tiempos se habían dado las migraciones humanas masivas. Fueron los llamados refugiados del cambio climático. Miles de ciudades costeras se hallaban ahora bajo el mar. Algunas de las últimas en desaparecer habían sido Bangkok, Tokio, Buenos Aires, Londres y Sídney. El Océano Atlántico se había tragado la península de Florida por completo. Pero hubo países que se llevaron la peor parte: Holanda y Dinamarca ya no existían en los mapas.

Millones y millones de personas

habían abandonado sus ciudades de origen, en busca de regiones más propicias para vivir. Estos grandes desplazamientos dieron comienzo a guerras civiles en distintos lugares, y violencia generalizada entre los grupos. La pobreza y las crisis económicas iban en aumento.

Al cabo de unas semanas, durante una tarde lluviosa, el viejo entró empapado a la casa, tan rápido como su prótesis se lo permitió, y encendió su robot.

—¡Despierta, joder! —Anselm chorreaba agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas, mientras se desentumecía.

—¡Estoy que bufo! Tenemos que irnos de acá ahora mismo —El viejo Anselm hablaba con dificultad, agitado.

—Estás pálido y transpirado, parece que hubieras estado corriendo. ¿Qué ha pasado?

—No hay tiempo.

El viejo se apresuraba a colocar algunos elementos personales en un bolso.

—¡Déjame darte una mano, y dime de qué se trata! —Lucas le habló con voz más firme.

—¡Mira aquí! —Anselm cogió una pequeña pantalla, transparente y delgada como una hoja de papel, donde se iban presentando las noticias —. La orden ha

sido anunciada hoy a la mañana. El nuevo gobierno ultra religioso ha dado el ultimátum. Se ha decidido capturar y eliminar a todas las inteligencias instaladas como tú, para siempre. Incluso a las IAs y a todos los robots. Será una gran persecución, una masacre. ¡Debemos irnos ya!

—¿Por qué van a hacer eso? ¿Qué ha ocurrido?

—Según se cuenta, los profetas han recibido revelaciones divinas, y dicen que la Tierra se está viniendo abajo por la mano de Dios. El Señor está juzgando a los hombres orgullosos, que se creen superiores al haber creado robots pensantes. ¿Lo crees? ¡Malditos locos! ¡Fanáticos religiosos de mierda!

Con rapidez, siguieron embalando unas pocas pertenencias.

—¡Abrid! —gritó alguien del otro lado de la puerta.

—Escóndete —dijo el viejo Anselm a su robot.

Fue demasiado tarde, los militares tiraron la puerta abajo y entraron. Estaban vestidos con uniformes negros de milicia. Un símbolo religioso se hallaba en el lado izquierdo de las chaquetas, a la altura del pecho. Lucas alcanzó a distinguir que era una cruz.

Instantáneamente, el viejo sacó un arma que antes había puesto en el bolso, y les disparó; aunque sin suerte, pues el

misil fue a dar en la pared. Enseguida, los hombres se echaron sobre él, y lo hicieron caer al suelo. El cuerpo regordete se desprendió de la prótesis. A causa del fuerte tirón se le desgarraron los implantes del cerebro, y arrastraron una sección de sustancias gris y blanca al exterior, junto con cuero cabelludo. Un charco de sangre comenzó a crecer en el piso.

A un metro del mitad-hombre, cayeron las piernas biónicas, que quedaron pataleando por acto reflejo.

—¡Que me dejéis, mierdas! —El anciano quedó furioso, tendido en el piso, retorciéndose e intentando levantarse con sus brazos. El guardia más corpulento, que estaba cerca de él,

le dio una fuerte patada en la nuca, que dejó al viejo callado, inconsciente.

Lucas dio tres pasos atrás y miró a los costados, dio otro paso y trastabilló, cayendo encima de una mesa, que se desarmó en mil pedazos. Intentó acomodarse. Se arrastró hacia una de las ventanas, acaso encontraría una forma de huir. Los guardias armados se acercaron a él y lo acorralaron. El droide Lucas se levantó rápidamente e intentó defenderse, empujando a uno de ellos y golpeándolo con su puño metálico. El guardia cayó de espaldas al piso, quejándose e insultando. Luego, el robot se abalanzó sobre otro de los sujetos, lo pasó por encima y corrió hacia la puerta. De inmediato, dos de los

soldados dispararon sus pistolas de haces energéticos contra el droide; y los rayos azules envolvieron todo su cuerpo de titanio. La corriente eléctrica atravesó su piel metálica y recorrió sus partes internas con tal rapidez, que Lucas no tuvo tiempo de nada, y apenas se percató de lo sucedido. En segundos cayó al piso, y tanto sus extremidades como su cabeza se sacudían de un lado a otro, a causa de los espasmos y temblores, sin lograr controlarse.

Una vez que las contracciones hubieron cesado, los soldados lo ataron de pies y manos, y lo tiraron a un camión jaula, donde había otros robots. En ese estado de confusión, fue trasladado a las afueras de la ciudad.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que sus circuitos internos comenzaron a reestablecerse. La onda eléctrica que había ingresado por su armazón metálica, lo dejó atontado por un largo período.

Por cortos intervalos, se le cruzaban imágenes almacenadas en su memoria, como si fueran fotografías que, tal como aparecían, se esfumaban. Las montañas, el bosque, amigos de la infancia, su mujer Anne, su hijito Gustav con pelo canoso y piel llena de arrugas. Era como si sus neuronas electrónicas intentasen

establecer contacto entre ellas.

De a ratos, se sentía mareado, como si hubiese bebido litros de alcohol, pese a que había olvidado lo que era tomar un trago. Poco a poco, los datos fluyeron a mayor velocidad por sus sinapsis de metal.

El sitio estaba oscuro como la noche. No sabía dónde se encontraba ni qué había ocurrido tras el arresto.

—¡Hola! ¿Alguien me oye? —dijo una voz femenina.

—¡Por acá! Soy Lucas.

—¡Oh! Al fin alguien me responde. Mi nombre es Miriam.

—Te escucho cerca, pero no puedo verte. No logro ver nada en realidad —

dijo él —. ¿Dónde estamos?

—¿No lo sabes? Fuimos depositados en grandes contenedores sellados, enterrados a cinco metros bajo la superficie, a kilómetros de la ciudad — dijo la ginoide—. La mayoría de los seres mecánicos tuvimos el mismo castigo. ¿Tú también eres una inteligencia artificial verdad?

—No. Yo soy humano.

—¡Oh! ¿Cómo es eso real? —dijo la IA, sorprendida.

—Tengo un cerebro digital, como tú. Pero es mi mente humana la que habita en él; la cual fue transferida hace muchísimo tiempo. Antes tenía cuerpo orgánico, y una familia. Soy una inteligencia instalada.

—Nunca había conocido a alguien como tú. Cuéntame. Quiero saberlo todo —dijo ella, ansiosa.

—Pues, mi cuerpo estaba sufriendo, y muriendo a causa de la FOP.

—Fibrodysplasia osificante progresiva —dijo la IA.

A él jamás le había gustado ese nombre tan largo y siniestro, le dieron escalofríos al oírlo otra vez; por eso prefirió llamarla siempre por su forma abreviada.

—He leído sobre las enfermedades raras. Me imagino que habrán sido momentos difíciles —dijo ella.

—Sí, fue duro. Con mi esposa decidimos aceptar el traspaso mental.

Mi hijo era un crío aún, y yo tenía ilusión de seguir junto a ellos. Fui uno de los tantos en ser transferido.

—¡Es increíble! Escuché que alguna vez existió esa tecnología —dijo la fembot—. Mitad hombre y mitad máquina. ¡Es fascinante!

—Durante años se desarrolló el proyecto, y a la larga fue cancelado, por razones éticas, y religiosas obviamente.

—¡Lo de siempre, el poder de la religión! —dijo la IA—. Y dime, ¿crees en Dios?

—De pequeño, mi madre solía llevarme a la iglesia, quizás entonces creyera en el cielo. Más adelante, al crecer, comprendí que el objetivo principal de las religiones era controlar

a las masas...

—... Por cuestiones económicas, ¿no?

—Sí, entre otras. Y la gente era engañada con el cuento de que Él los ayudaría. Pero a pesar de que las personas rezaban y le pedían a Dios de rodillas; al final, Él hacía como le daba la gana.

—Bueno, yo tengo un creador —dijo ella, sonriendo—. Fui fabricada en el año 2904. Pertenezco a la serie de organismos sintéticos ginomorfos DM-08. Junto con otros como yo, fuimos diseñados para trabajar como acompañantes sexuales. Luego logré escapar de la esclavitud. Así conocí una familia, que luego se convirtió en mi

familia. Fue una vida agradable.

—Oye, ¿consigues moverte? Yo no. Estoy atrapado, apenas logro rotar la mano derecha y un pie.

—No. Solo alcanzo a extender mis dedos. El contenedor está abarrotado de droides y máquinas autónomas. Por encima de nosotros hay una pila de ellos, compactados como sardinas en lata. Yo estoy sepultada cerca del fondo del depósito.

—¿Ningún otro nos oye?

—Creo que no. Mientras esperábamos a ser arrojados aquí, vi algunos robots que se resistían. Varios de ellos fueron desconectados, o electrocutados, o se desarmaron por el golpe, o eso llegué a ver. ¡Fue un caos!

Tuviste suerte de estar inconsciente — dijo Miriam, con tono triste.

—¿Sabes cuántos días nos dejarán encerrados?

—¡Oh, lo lamento! No lo sé. No nos han dado esa información.

Ellos siguieron hablando. Se iban conociendo a medida que pasaban los días, aunque no podían verse. Intercambiaban historias y experiencias de la vida. Por pura distracción, lo hacían en distintos idiomas y dialectos, ya que ambos dominaban un gran cúmulo de lenguas. Un día estaban hablando en latín al debatir las causas de la caída del Imperio Romano. En otra ocasión, se imaginaban qué hubiese ocurrido si los españoles no hubieran descubierto

América; y por diversión, usaban lenguas indígenas como el quechua y el náhuatl. También se refirieron a la tercera guerra mundial, y al inicio de la era robótica, en inglés.

—¿De cuánta batería dispones? — preguntó la IA.

—Pues, no lo sé. Mis baterías son bastante duraderas, pero sin la luz del sol no hay posibilidades de que se recarguen de energía. Temo que no sé... ¿Un par de años tal vez?

—Bueno, no está mal. No sabes cuánto me alegra que estés conmigo. Disfruto tanto de tu compañía. Te quiero Lucas.

—Y yo a ti.

En ese oscuro encierro, transcurrieron los años, sin saber si era de día o de noche. Las inteligencias hablaban y compartían anécdotas. Trataban múltiples disciplinas: ciencia robótica, política, religión, historia, psicología artificial, relaciones hombre-máquina, y cualquier otro asunto que se les ocurriese. Se apoyaban el uno al otro en su larga cautividad.

—Dime Miriam... ¿Estás ahí? ...
¡Miriam! ¡Miriam!

Su compañera ya no volvió a contestar. El modelo de la IA era mucho más antiguo que el de su amigo, de forma tal que fue la primera en apagarse.

Él la llamó, y siguió hablándole por un largo período, por si acaso lo

estuviera oyendo aún. Intentaba moverse, y extender el brazo hacia donde ella se encontraba, quizás llegase a tocarla y despertarla; no obstante, era imposible hacerlo. La masa metálica que lo rodeaba estaba tan compactada que no había espacios libres en ese depósito; para colmo, todo era pura oscuridad.

Él entendió que estaba solo en esa tumba. Su amiga la ginoide quedó inactiva, y ni uno de los robots que se encontraban allí había dado indicios de vida.

Demasiados pensamientos cruzaban por su mente. Ninguno de los conocimientos que había aprehendido servían de ayuda ahora. «¿Así es como

voy a terminar? Ni siquiera consigo desconectarme», se decía. La tristeza y la soledad lo acompañaron durante décadas.

En esa oscuridad, recordó el último día en que logró caminar por su cuenta, estando en su cuerpo biológico. La enfermedad había comenzado a ganarle la batalla.

Esa vez, él y su hijo Gustav estaban paseando por uno de sus sitios favoritos al pie de la montaña. Era un claro en el bosque, y había una cascada por detrás de unas formaciones rocosas, que sobrepasaban el nivel de los árboles.

Ni bien hubieron comido unas salchichas asadas y unas frutas, el niño le pidió que lo acompañase a trepar a las rocas. Ya arriba, se sentaron a

contemplar el agua fría que se originaba del deshielo.

—Mira hijo, en unos años, cuando crezcas, podrás escalar aquel lado de la montaña y ver el glaciar.

—¡Huy papá, eso sería divertido! — El niño miró en dirección a la enorme masa blanco-azulada de hielo que se mostraba a lo lejos, y sacó una holofoto —. Me gustaría que vinieras conmigo papá, podríamos acampar allí.

—¡Buena idea!

Estuvieron en las rocas por un largo rato, disfrutando de los sonidos y la paz de la naturaleza. Vieron dos ardillas rojas que subían y bajaban a toda prisa por un roble, en busca de bellotas. Gustav juntaba palos y los arrojaba al

agua. Le parecía entretenido ver cómo la corriente se los llevaba.

En el descenso, Lucas sintió un entumecimiento en la pierna derecha, un dolor que se extendía desde la cadera hasta la punta de los pies. Fue repentino, y tan agudo que lo dejó inmóvil y sin respiración. La sensación era como que los músculos se le endurecían y se hacían pesados. Encima, los nervios estaban siendo comprimidos, causando un tormento que se dispersaba por el resto de su cuerpo. La pierna estaba tan pesada como plomo. Era inútil intentar moverla, menos aún caminar.

—¡Hijo espera!... ¡No puedo bajar!

...

—¿Qué pasa papá? ¿Te ayudo?

—El comlink... —Hizo una pausa y tomó aire. El intenso dolor no lo dejaba pronunciar palabras —. Busca el comunicador que está en mi mochila, hay que pedir ayuda.

Con mucho sacrificio, se recostó en la roca. Gustav se sentó cerca de él. Estuvieron ahí unas horas esperando, hasta que vinieron los paramédicos, quienes lo colocaron en una camilla y lo transportaron al hospital.

Lucas recordó a su familia con melancolía. Fue tan feliz con ellos. Había tenido la mayor suerte del mundo.

De pronto, en su eterno y negro encierro, notó que su batería se estaba agotando también. «Ya se va a

terminar..., todo va a acabar pronto», pensaba ilusionado, dándose aliento a sí mismo. Deseaba finalizar con esa condena.

Quiso ver fotos antiguas una vez más. Buscó en sus archivos aquellos datos que aún seguían grabados. Fue a la carpeta «familia». Miró con detenimiento unas fotografías de su boda con Anne. «¡Qué felices fuimos ese día! ¡Fue nuestro día! ¡Ella estaba tan hermosa!». Buscó nuevamente, y encontró un video. Era su hijito Gustav al dar los primeros pasos, a los once meses de edad. «¡Qué divertido, daba tres pasitos y se caía, parecía borracho!». Al final, dio con otro retrato. Eran ellos tres: él, su esposa y

su hijo en la playa. Fueron las últimas vacaciones en el mar, antes de que la FOP lo dejara imposibilitado de viajar. Esa imagen con su familia fue lo último que vio.

Al fin, sus baterías se agotaron.

Un nuevo mundo

Tres mil años transcurrieron desde que Lucas se apagó.

Una mañana, débiles rayos de sol entraron por agujeros en un sector del techo del contenedor de metal. El agua ácida que, con el paso de los años, había causado los orificios en la techumbre de hierro, comenzó a gotear sobre los organismos robóticos. Varios esqueletos metálicos tuvieron la desdicha de estar ubicados bajo las goteras, así que se fueron oxidando, ablandando y convirtiendo en polvo.

Luego de cierto tiempo, los rayos del sol que llegaban al depósito aumentaron

su intensidad. De esta manera, los metales actuaban como espejos; y la luz que chocaba con ellos se reflejaba en todas las direcciones. Incluso en aquel sector del barracón donde no caía el agua, iluminando así a los demás cuerpos, entre los que se encontraba el de Lucas.

El cuerpo robótico de Lucas era muy avanzado. Era un prototipo que no disponía de un único panel solar. En lugar de ello, presentaba un sinnúmero de micro hendiduras en la epidermis metálica, dentro de las cuales había miles de fotocélulas, conectadas por nanocables a las baterías.

Sin interrupción, cada vez más fotones penetraban en su «piel», y sus

baterías se iban recargando poco a poco.

La imagen de su familia en la playa fue lo primero que se le presentó. Al instante abrió los ojos, y ni bien su vista se hubo adaptado, vio con claridad. Él no tenía noción del tiempo que había pasado, sino que lo percibió como un abrir y cerrar de ojos.

Con los dedos, procedió a escarbar en las proximidades. Notó que podía extender las piernas y empujar los materiales que estaban en torno a ellas. «Hay más espacio aquí dentro», pensó. Con gran esfuerzo, giró los brazos, los cuales no estaban tan presionados como antes. Paso a paso, fue empujando con

las manos los despojos de difuntos; mientras meneaba la espalda y el pecho de arriba abajo, de un lado a otro. No era una misión sencilla, pues todavía estaba aprisionado.

Al cabo de unos minutos, y con mucho esmero, se enderezó. Tras ello, advirtió que podía desplazarse entre los cadáveres de metal. Más tarde, trepó por ese hormiguero formado por sus silenciosos compañeros de presidio. Se aferró del brazo de alguien que encontró por ahí; cogió una pierna allá al costado; pisoteó una espalda allí arriba; resbaló; tomó una mano allá en lo alto... Hasta que por fin apareció en la superficie de ese montón de metales viejos.

Cuando estuvo allí arriba, todo fue

más sencillo, solo se arrastró y buscó la abertura de mayor dimensión en el techo, la que se veía a unos metros. Por un segundo se detuvo y recordó a Miriam; se preguntó si habría pisado la cabeza de ella en la travesía. No lo volvió a pensar, y siguió gateando. Al final, se acercó a la grieta en la cubierta de su celda. Sacó los brazos al exterior, y con todo su vigor, se alzó. Y salió así, después de tanto sacrificio, de su cámara mortuoria.

La arcilla que había cubierto el depósito se había erosionado por acción de los vientos y del agua, por lo que éste se encontraba a la intemperie. El contenedor se había ido corroyendo a

causa del líquido ácido que caía sobre el techo; y con los años se habían ido formando agujeros.

Lucas caminó por el techo y llegó a uno de los bordes, saltó al suelo arenoso, y subió por una leve pendiente hasta arribar a un montículo de piedras.

Se quedó allí parado, observando a su alrededor; pero no reconoció en absoluto ese paisaje desértico. No se apreciaba el cielo, sino que había una nube muy densa de polvo en las capas más bajas de la atmósfera, a través de la cual penetraba la escasa irradiación solar. Lloviznaba un agua de olor avinagrado. Imaginó que ese aire debería ser irrespirable. Por suerte, eso no era algo de qué preocuparse. A la

distancia, se divisaban unas figuras oscuras. «Tiene que ser la ciudad», se dijo.

La luz era mínima, aunque lo suficiente como para que sus células fotovoltaicas se cargasen de energía.

En las proximidades de lo que fue su cárcel, había montones de escombros, residuos, caños y chatarra de todo tipo, diseminados en cualquier sitio. Era una especie de basurero. Lucas fue recolectando distintos materiales en aras de armar una simple escalera.

Luego, fue extrayendo, uno por uno, los cuerpos muertos de sus compañeros, y recostándolos en la grava. No fue una misión fácil, pues era una maraña de metal. Muchos eran de una magnitud muy superior a él, y pesados como una vaca en brazos. Y si bien él era robusto y

sólido, en realidad, no había sido diseñado para levantar cargas pesadas. Algunos robots que habían sido corroídos por el ácido se destartaban apenas él los tocaba. No obstante, unos cuantos permanecían intactos.

Una vez que exhumó a la mayoría de ellos, miró al interior de la prisión. Allí abajo, en la oscuridad, se veía un líquido rojizo que cubría el fondo. En ese fangal quedaron los remanentes de sus compañeros menos afortunados, semihundidos, ahora convertidos en herrumbre.

Se dirigió a la zona algo elevada, y contempló a los robots, los cuales estaban tumbados sobre la tierra, bajo el tenue resplandor. Eran unos cincuenta.

Había de los más diversos tamaños, colores y modelos. Unos se veían en extremo primitivos, mientras que otros parecían muy avanzados y modernos, con aspecto humanoide. La mayor parte de ellos había sufrido amputaciones en los miembros.

Entonces se decidió a trabajar. Montó brazos y piernas sueltos a sus troncos correspondientes. Ensambló cabezas en aquellos cuerpos que carecían de ella. Instaló baterías y paneles solares. Estaba feliz con su nueva tarea, que era un tanto entretenida, casi como encastrar las piezas de un rompecabezas 3D. Ocupó una semana completa en estos quehaceres; y a continuación, los encendió uno tras otro.

Al rato, se sintió rodeado de varios pares de ojos que se fijaban en él, y percibió balbuceos y tañidos. Tras ello, vio que sus camaradas comenzaban a levantarse. Lucas saltó de felicidad. Creyó que podría haber reído de oreja a oreja si hubiese sido posible. ¡Tendría amigos!

Aún más robots iban reviviendo, a medida que sus baterías se llenaban de energía. Lucas había empezado a entablar conversación con los primeros en despertar de su largo y aburrido sueño. Se presentaban entre ellos y se preguntaban qué habría ocurrido en aquel sitio.

De repente, advirtió que una mano lo tocó en el hombro por detrás. Dio media

vuelta y observó al desconocido.

—¿Lucas? —preguntó el robot con tono femenino.

Aunque él jamás había visto a ese individuo, reconoció su voz de inmediato. ¡Era Miriam!

—¡Eres tú! ¡Qué alegría verte! —dijo él, mientras abrazaba fuertemente a su amiga metálica —. Oye, te ves bien.

—Creo que me veo terrible —Ella sonrió —. ¡He perdido una gran cantidad de piel!

La ginoide Miriam había sido fabricada con el objetivo de ser una esclava sexual. Era un robot acompañante. Por esta razón, su superficie externa estaba recubierta con

piel artificial, lo que la hacía parecer muy humana. Había sido muy bella en su tiempo. Si bien ahora, al haber pasado los milenios, y sin mantenimiento de ningún tipo, su esqueleto metálico estaba expuesto en muchas áreas de la cara, el pecho y las extremidades; y sus pellejos se asemejaban al cuero seco y viejo de un reptil.

Solamente una veintena de robots logró resucitar de la tumba, de los tantos que él había rescatado. Los demás permanecieron mudos e inmóviles. Fue imposible reanimarlos.

Entonces, Lucas y Miriam, junto con los otros robots sobrevivientes, emprendieron el viaje a la ciudad. Iban a paso muy lento, casi como de tortuga, y tomaban recesos. No porque estuviesen cansados, sino para esperar a los más rezagados; a quienes se les hacía dificultoso desplazarse por ese terreno tan irregular, repleto de piedras y baches, pues no estaban acondicionados para dar largas caminatas.

Al cabo de una hora, uno de ellos, de epidermis verde metálica, se dio por

vencido.

—¡Me planto aquí! —dijo el robot de aspecto simple —. Lo lamento, pero he de tirar la toalla.

—Amigo, ¿cómo te llamas? —dijo Lucas.

—Soy A3C1.

—Pero ¿qué es lo que te pasa compañero? —preguntó Miriam.

—Excusadme. Mi complejión física es demasiado arcaica, y ello me impide seguir corriendo esta maratón.

—Vamos, podemos ayudarte, hay que avanzar —dijo Lucas, animándolo.

—No os detengáis. No deberíais retrasaros por mi culpa. No estoy acostumbrado a tanto entrenamiento —

dijo el robot —. He sido confeccionado para simples trabajos de escritorio, y jamás había estado fuera de mi oficina. No tengo la capacidad de continuar con este periplo.

—No te rindas ahora —dijo la fembot.

—No os desveléis por mí, estaré bien.

—Como tú desees. Pero te prometo que volveremos por ti ni bien encontremos la forma de transportarte —prometió Lucas.

—¡Adiós! Y buena suerte.

La pandilla abandonó al compañero en el desierto, y reanudó su camino. Lucas y Miriam encabezaban la marcha.

La ciudad se veía cada vez a menor distancia.

La excursión a pie duró quince horas. Y cuando hubieron llegado allí, descubrieron una urbe en ruinas. Era la desolación total. Solo quedaban los vestigios de edificios que habían sido destruidos, formando pilas de escombros. Unas pocas construcciones estaban aún en pie. Los esqueletos metálicos de antiguos vehículos se encontraban desperdigados aquí y allá. Lo que antes había sido un avión, se hallaba semienterrado en el suelo. No se veían rastros de árboles, ni de ningún otro ser viviente. Y el polvillo. Esa neblina de partículas tóxicas que flotaba

en el aire e impedía ver el cielo y el sol. Una luz pálida dejaba el sitio en penumbras, como si fuera un constante atardecer. Por momentos, una llovizna marrón y corrosiva caía sobre ellos.

Enseguida, Lucas quiso averiguar lo que había sucedido. De tal forma que, con la asistencia del grupo de droides, fue recogiendo fragmentos de paneles solares que se encontraban en el trayecto. Luego procedió a reconstruirlos. Y a las semanas, logró hacer funcionar algunos antiguos ordenadores y rescatar archivos históricos.

La destrucción del medio ambiente y la contaminación de la atmósfera habían llevado al borde del exterminio de las

plantas y los animales terrestres, lo que condujo a la carencia de alimentos en el mundo superpoblado. La escasez de agua y de comida dio inicio a la lucha por la subsistencia, lo que a su vez ocasionó guerras nucleares y biológicas.

Lucas dirigió sus ojos electrónicos hacia Miriam, ésta notó la tristeza en el rostro de su amigo.

—Se ha cumplido en parte la Teoría de Olduvai —dijo ella.

—Eso parece. Las últimas poblaciones humanas quizás hayan desaparecido hace muchísimos siglos —dijo Lucas con mucha angustia.

Los robots no supieron nada más, pues no encontraron más registros electrónicos luego de las guerras. Solo

hallaron, tiempo después, algunos pocos datos escritos sobre papel, madera y metal.

Pero lo que había ocurrido fue aún peor. Luego de ese período hubo una gran mortandad. Más adelante, habían desaparecido todas las naciones. Los sistemas económicos habían expirado, y el dinero se había hecho inutilizable. Las personas empezaron a matarse entre ellas para obtener una barra de pan.

Las fuerzas militares y las pequeñas dictaduras habían tomado el poder en ciudades de reducidas dimensiones.

Cerca del año 4300 d.C., las antiguas civilizaciones se habían escindido en pequeños vergeles donde se cultivaban hortalizas y frutas; rodeados de altos

edificios deshabitados y vehículos inservibles.

Hacia el año 5500 d.C. se había producido la sequedad en la mayor parte de los suelos, y la tierra ya no era arable. A esta etapa le siguió el reinicio de la caza, la pesca y la recolección. Estos últimos hombres vivieron como en la era paleolítica.

Lucas necesitó un tiempo para salir del shock.

Después, él, Miriam y sus compañeros acordaron mecanismos de búsqueda y ubicación de otras IAs y robots que habían corrido la misma suerte que ellos, y que yacían sepultados.

Para ello, construyeron algunos aerovehículos solares, los cuales se movían suspendidos a medio metro del suelo.

En unos meses, el número de robots se había multiplicado.

Pero hubo uno que le llamó la atención a Lucas, el cual le parecía familiar. Aunque no lograba reconocerlo. Era un robot alto, de color rojo y gris, que había perdido uno de sus brazos.

Lucas se acercó a él.

—¡Hola! —dijo Lucas—. ¿Cuál es tu nombre?

—Soy la inteligencia artificial de nombre Afi-3. ¡Gracias por rescatarme!

Lucas sintió una alegría inmensa al escuchar quién era ese androide.

—¡Afi! —gritó Lucas, y lo abrazó.

—Perdona, pero ¿acaso te conozco?

—Soy Lucas, nos acompañaste a mí y a mi familia en mi transferencia mental.

Hace muchísimos años.

—¡Sí! Pero, te ves diferente, jamás podría haberte reconocido con ese cuerpo.

Lucas sonrió.

—Amigo, debemos buscarte un brazo nuevo.

Miriam, por su parte, se acercó a un grupo de niños-robot que también había llegado hacía pocos minutos en uno de los vehículos de búsqueda. Entre esos robots se encontraba Aiko. Sus ropajes estaban desgastados y sucios. Eran harapos. Miriam les dio la bienvenida.

Cuando se hubieron saludado y acomodado en lo que antes había sido un

gran almacén, se organizaron en equipos, se dividieron las labores, y se dispusieron a restaurar todo aquello que estaba a su alcance.

Miriam, Afi-3, las otras inteligencias artificiales y los robots de inferior entendimiento consideraban a Lucas su guía, su líder. De hecho, ellos habían sido creados con el fin de servir a los humanos; y él, pese a que no gozaba de un cuerpo orgánico, todavía seguía siendo un hombre. El último con vida.

Pasaban largos ratos dedicándose a sus nuevos empleos: construyendo, reparando, buscando. Tenían la ventaja de que no precisaban de comida ni de descanso. Y gracias a la poca luz que llegaba, la cual cargaba de energía sus

baterías, podían estar activos de sol a sol. Restauraban factorías, talleres y centros de investigación con tecnología de avanzada.

Apenas hubieron fabricado más aerovehículos, consiguieron viajar a territorios muy distantes, en busca de nuevos materiales.

No olvidaron a A3C1, su compañero el oficinista, a quien fueron a buscar en el desierto. Allí estaba, solitario y tranquilo, esperándolos.

—Habéis vuelto por mí —dijo A3C1.

—¿Estás bien amigo? —preguntó Lucas.

—Sí, nada ha cambiado aquí.

Gracias por regresar.

Los niños-robot pasaban el tiempo jugando y aprendiendo de las IAs más sabias.

Se había instituido una especie de escuela para esos *child-bots* que no habían tenido oportunidad de acrecentar su conocimiento. Allí aprendían y se les inculcaban diversas enseñanzas, referidas a los humanos y a los seres artificiales. Las materias más importantes eran ingeniería, historia y ciencias.

Aiko se había convertido en una pequeña líder en el grupo de niños-robot, pese a que no era la mayor, ni en cuerpo ni en edad.

Los robots estaban tan atareados que los años les pasaban por encima, sin que ellos se dieran cuenta.

Asimismo, comenzaron con la labranza. Lentamente, fueron produciendo abono inorgánico con diferentes compuestos simples como el hierro, el potasio, el yeso y la cal. Encontraron un método con el que obtenían elementos como el nitrógeno y el azufre a partir de la lluvia ácida. De modo tal que la tierra, que en un principio estaba seca y desértica, se fue enriqueciendo en pequeñas parcelas.

Algunos de los robots ejercieron el oficio de exploradores. Y por medio de los aerotransportes, rumbearon hacia los

ambientes más remotos, y arribaron incluso a las áreas frías del planeta.

Lucas les había indicado donde buscar; y después de meses de travesía, encontraron los gigantescos almacenes de semillas que un día él había diseñado. En las regiones polares quedaban aún gruesas capas de hielo, debajo de las cuales se hallaban esas despensas, protegidas por el frío, a metros bajo la superficie. En su interior estaban amparados los embriones de miles y miles de especies vegetales.

Una vez que los ejemplares fueron traídos a los laboratorios; las IAs comenzaron a clonarlos con diferentes métodos que Lucas había aprendido. Más tarde, los robots agricultores

iniciaron la tarea de sembrar y plantar. Y siguieron fertilizando y cultivando el terruño.

Al cumplirse un mes, brotaron los primeros pastos, plantines, y luego, reducidos bosquecillos. Con los años se formaron grandes extensiones de zonas verdes, que iban liberando oxígeno a la atmósfera, y limpiando el aire.

Como no había quien polinizase las flores, fue indispensable la confección de diminutos roboinsectos, los cuales podían ser voladores, corredores o saltadores; y estarían destinados a las diferentes plantas. Estos microbots llevaban unos bolsillos especiales en sus espaldas o abdómenes, y así acarreaban el polen de flor en flor.

Con el paso de las décadas fueron apareciendo bosques, selvas, pastizales y una versatilidad de ambientes. Lucas se alegraba al ver cómo se iba transformando el planeta.

Más adelante, empezaron a excavar los terrenos. Las muestras eran llevadas a los laboratorios, donde Lucas, Miriam, Afi-3 y las demás IAs emprendieron la larga y lenta actividad de buscar restos de animales, lo cual no era sencillo. Con el uso de microscopios y lupas, fueron obteniendo los primeros resultados. «Hay que perseverar», les decía Lucas, entusiasmado.

Al pasar los meses, contaban con toda una colección de exoesqueletos de insectos, conchas, cáscaras de huevos, escamas, huesecillos, plumas, pelos, uñas, cuernos y pieles momificadas, de

lo más heterogéneos. Hasta tal punto que fue esencial la edificación de inmensos galpones donde ubicar las valiosas piezas de museo.

Los amplios conocimientos en biotecnología, genética y clonación que Lucas había adquirido a lo largo de su vida, fueron de beneficio en la complicada diligencia de extracción de ADN de las reliquias. La tecnología de la que disponían les permitía incluso obtener restos de ADN que había en el polvo de la tierra.

Tras cientos de intentos y fracasos, y gracias a distintos métodos que él había ideado, trajeron de la extinción a los animales. Los primeros en regresar a la vida fueron los seres más pequeños. De

esta forma, deambularon entre los bosques cientos de insectos, arañas, ciempiés, caracoles e incontables seres minúsculos.

Lucas, Miriam y otros robots salieron fuera del laboratorio por unos momentos. De pronto, una mariposa de alas color azul violáceo metálico se posó en la cabeza de Miriam. Al instante, vino otra más, y luego otra, las cuales se quedaron en los hombros de ella.

—¡Mira Miriam! Quieren estar contigo —dijo A3C1.

—¡Oh! Son tan hermosas —exclamó la IA.

—Tú las has traído a la vida, quizás deseen agradecerte —dijo Lucas.

—Creo que te ven como una madre —dijo Afi-3.

La fembot acercó con cuidado su mano hacia uno de los lepidópteros, el cual caminó despacio y subió al dedo metálico de ella. El insecto pareció mirar a la IA por un momento, o así lo pensó Miriam.

—¿Sabes su nombre? —preguntó Aiko, quien se acercó a observar al hexápodo.

—*Plebeius optilete* —respondió la ginoide —. Habitaban en toda Europa.

Luego de unos años, les llegó el turno a

los anfibios, los reptiles, las aves y los mamíferos, los cuales demandaron un esfuerzo superior, por su tamaño y complejidad. Por fin, después de una enorme faena, lo lograron.

Cuando hubieron pasado dos siglos de arduo trabajo y sudor, los robots se hallaron conviviendo con una magnífica variedad de seres vivientes. Estas criaturas, ni bien podían, se echaban a correr y a volar a toda prisa, buscando hogares y refugios, repoblando así el planeta. Lucas y sus colegas estaban creando un nuevo mundo.

Lucas estaba muy cómodo con sus compañeros mecánicos, se sentía parte de ellos. Ese era su grupo de camaradas. Además, estaba fascinado con todo lo que habían conseguido.

No obstante, notaba insatisfacción. Él sabía que disponía de la tecnología para seguir avanzando con las investigaciones. «Falta algo aún», se decía.

Había una idea que pululaba en su cabeza y que lo dejaba intranquilo. Lo que sucedía era que muchos de los restos encontrados pertenecían a su

antigua raza: los humanos.

Miriam, Afi-3 y las otras IAs comprendían los anhelos de su líder. No era una decisión simple. Al fin y al cabo, fueron los hombres los que habían ocasionado la desaparición de los demás seres, tanto vivos como artificiales.

—¿Por qué traerlos de vuelta? —Se preguntaban los robots más críticos.

Los delicados ojos verdes de Aiko se volvieron centelleantes.

Lucas debía reflexionarlo, y meditar a solas. Estaba la posibilidad de proseguir, y también de terminar todo allí.

Lucas se acarició la quijada de metal. «¿Por qué no?», pensó después de un tiempo. Y se decidió.

—Necesito de vuestro apoyo —dijo a su clan de robots.

Al principio, las IAs más eruditas no estuvieron de acuerdo; pero, pese a ello, se unieron a la voluntad de su amigo.

Entonces, comenzaron con los primeros intentos, los cuales zozobraron. Persistieron sin cesar por muchos meses, que se convirtieron en años.

Hasta que una mañana, Afi-3 notó que uno de los embriones sobrevivió en el cubículo de cristal. Rápidamente llamó a sus amigos, quienes se acercaron a la sala.

La noticia corrió en forma veloz en la comunidad robótica. Todos se alegraron.

Aiko sonrió falsamente al escuchar las buenas nuevas, mientras mantenía sus dientes apretados. Su mirada estaba fija, y no pudo evitar que sus ojitos electrónicos se volvieran negros como el azabache.

El feto fue creciendo dentro de una incubadora, inmerso en un líquido que contenía los nutrientes básicos de la vida. Hasta que estuvo lo suficientemente desarrollado como para ser sacado de allí, y nacer.

Lucas sintió tanta emoción. Echó de menos su cuerpo orgánico por un momento, pues quiso llorar de alegría.

Dirigió su vista a Miriam, Afi-3 y los demás robots. Todos le sonrieron. Se consideraba el padre de ese niño. Y al mismo tiempo se sentía un creador, un dios.

FIN

Línea de tiempo

Año Suceso

2260 Nace Lucas.

2290 Afi-3 es creado.

2294 Nacimiento de Gustav.

2300 Traspaso mental de Lucas.

2345 Muerte de Anne, a sus 80 años.

2384 Gustav muere a sus 90 años.

2890 Lucas evoluciona: nube de bits.

2895 Nacimiento de Max.

2904 Creación de la IA Miriam.

2920 Boda de Max.

2933 Lucas evoluciona: escisión.

2940 Creación de la niña-robot

Aiko.

2941 Lanzamiento de los virus.

2941 Matanza en el templo
neoludita.

2942 Gran persecución neoludita.

2942 Asesinato de Max (47 años).

2960 Lucas en un cuerpo robótico.

2985 Encarcelamiento de los robots.

2985 Lucas conoce a Miriam.

3043 Las baterías de Miriam se
agotan.

3095 Lucas se apaga.

Ca. 4000 Fin de las naciones.

Ca. 5500 Vuelta a la era paleolítica.

Ca. 5700 Últimos humanos.

6100 Lucas se recarga.

Ca. 6380 Nace el primer humano.